

LA
OSCURIDAD
DEL OTRO
LADO

ERYA
&
LAURA CAMPOS

LA
OSCURIDAD
DEL OTRO
LADO

ERYA &
LAURA CAMPOS

© 2023 Erya

© 2023 Laura Campos

© Diseño de cubierta: Primm Rosse Design (@primmrosse_design)

© Ilustraciones de interior: banco de imágenes Pixabay y Vecteezy.

Maquetación: Cristina Guerrero Jerez (@eryaescribe)

Primera edición: julio 2023

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del autor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley.

A ti, lector, por confiar en nosotras y adentrarte en nuestros mundos.

Daniel

¿Quién no ha fantaseado con matar a su jefe? Yo lo hago más a menudo de lo que debería, lo reconozco, pero es que cuando le veo entrar con su traje y sus andares prepotentes no lo puedo evitar.

Empezó como un juego, a diario me preguntaba «Ey, Dani, ¿con qué podrías matar hoy al señor Jiménez?».

Si alguien navegara por mi mente, se sorprendería de las ideas descabelladas que he llegado a tener. Desde tirarle el café hirviendo por encima, hasta atravesarle el negro corazón con el abrecartas de su mesa. También le he lanzado por el enorme ventanal que hay tras su escritorio, le he envenenado con amoníaco, le he roto objetos pesados en la cara, se ha abierto la cabeza con la esquina de su mesa, se ha atragantado con comidas inofensivas... Puede parecer que algo no funciona bien en mi cabeza, pero soy un chico de treinta y seis años completamente normal. Hasta tengo un perro. Un corgi. Nadie malvado puede tener un corgi. Y menos un corgi que se llame Copito.

Si alguien en este mundo negara que ha pensado como yo, no me lo creería.

No hay que hacer un drama, al fin y al cabo, para mi desgracia mi jefe está vivo y coleando. No soy un monstruo si solo sucede en mi cabeza, ¿no? Aunque eso pase a diario y, en las últimas semanas, más de una vez. Con algo me tengo que entretener, porque desde que soy secretario de este señor mi vida tiene pocas emociones.

Por eso, cuando me he levantado esta mañana tras ver al señor Jiménez morir asfixiado por mis propias manos, no me ha extrañado nada. Tengo que empezar a controlarme.

Vivo en un pisucho en la periferia de la ciudad, y aunque no suelo fijarme en demasía en el edificio, hoy lo encuentro extraño. Me llevo una mano a la cabeza. Será la resaca. Y el sueño. Hoy el día se me va a hacer eterno.

Me cuesta conducir en dirección a la oficina. Encuentro las calles vacías y noto algo raro conforme las recorro. No sabría explicar por qué. ¿Me he quedado solo como en Soy leyenda o algo así?

Hasta al volante me siento así, hay algo diferente. Enciendo la radio para distraerme con la música, pero no se oye nada. Ni siquiera ese ruido molesto de cuando la radio está mal sintonizada. Nada. Miro el ordenador del coche y lo único que veo es que los números están mal, y algunos incluso del revés. Trato de sintonizar alguna cadena, pero no consigo nada de nada.

Resoplo con frustración.

Tras un buen rato conduciendo, me doy cuenta de que estoy de vuelta en el edificio del que he salido. Frunzo el ceño. ¿Cómo es posible? ¿Tan mal estoy? Detengo el coche y me llevo las manos a la cabeza. Parece a punto de estallar. Solo quiero dormir. O beber y dormir. Paseo la mirada de nuevo por el ordenador, pero está mal. Voy a tener que llevarlo al taller. Ya me decía mi hermano que no comprara un coche de segunda mano a un desconocido, que eso pasa factura.

Lo que sí capto es una ese. Está del revés, pero juraría que está donde suele aparecerme el día de la semana.

Sábado.

Por eso las calles están vacías. ¿Quién va a trabajar un sábado a las seis de la mañana?

Aparco de mala manera, salgo y vuelvo a mi piso con una sonrisa triunfante. Por lo menos no tengo que trabajar y podré ser yo quien saque a pasear a Copito. Tengo contratada a un adolescente que pasea perros. Como yo me voy muy pronto y Copito duerme a pierna suelta hasta bien entrada la mañana (culpa mía porque acostumbro a sacarlo tarde por las noches, después de algunas copas de más en soledad), he tenido que compartir ciertas tareas caninas.

Al entrar no viene a saludarme. Sigue siendo pronto para él. Me vuelvo a la cama a ver qué horas puedo rascar al sueño.

Para mi desgracia, no llego a dormirme, tan solo doy vueltas y más vueltas en la cama con dos pensamientos: un vaso de whisky con hielo e imaginar una nueva forma de asesinar al señor Jiménez. Alguna que no haya planteado todavía.

Voy al salón a ver si me distraigo con alguna absurda película de esas con tías buenorras perseguidas por un asesino en serie. Enciendo la tele, pero la pantalla se queda en negro. La botella de whisky me saluda desde el aparador. Me siento como Alicia en el País de las Maravillas, pues siento que pone «bébeme». Es temprano incluso para mí, pero qué narices, me lo merezco. Solo beberé un chupito.

Le doy un buen trago y noto cómo el licor baja por mi garganta quemando todo a su paso. Golpeo el mando de la tele. Nada. Vuelvo a beber. Sorbo a sorbo me invade la dulce sensación de mis piernas adormeciéndose y las cosas empiezan a hacerme más gracia.

La negrura de la televisión se desdibuja, al fin sale algo, pero...

¿Por qué no se escucha?

Le doy al volumen y llego hasta el máximo; nada. Miro la botella, bebo más y me pongo a imitar las voces de los personajes que salen en pantalla.

Rompo en carcajadas incontrolables. Pero me acabo cansando. Voy a llamar a la puerta de Raúl, ese zumbado de dos metros vive enfrente y es un manitas. Seguro que él sabrá arreglarla.

Por poco me desplomo al ponerme de pie y me lleva unos minutos que el mundo deje de girar. «Maldito borracho», me digo. Espero no vomitar en el felpudo de ese armario empotrado.

Llamo al timbre, pero no oigo nada, así que golpeo la puerta con los puños.

—Raúl, maldito gorila, abre la puerta.

Somos amigos desde hace años, si no no le hablaría así al tipo más cachas que conozco. Podría partirme en dos sin esfuerzo.

La puerta se abre, pero al otro lado no está Raúl. Este ni siquiera es su piso. Es una habitación llena de pósters, una cama individual con una colcha de superhéroes y, en medio de todo estoy yo. Sí, yo. Soy yo cuando era un retaco, maldita sea.

Doy unos pasos hacia atrás, presa del pánico. Intento buscar la lógica, pero el alcohol ya ingerido me lo impide. Tal vez no haya lógica. Me he pasado bebiendo. Alzo la botella ante mis ojos. En realidad no llevo ni la mitad, es demasiado pronto para imaginar cosas. Aunque en realidad nunca me ha pasado algo así.

Mi yo pequeño da un paso hacia mí.

Lanzo la botella y me preparo para correr.

Luis

Me despierta el ruido de las ollas entrechocando. A Mercedes le gusta amargarme uno de los pocos placeres que me quedan en la vida: dormir hasta tarde las mañanas de sábado.

Según ella, solo cocina y hace tareas, sin ninguna malicia. Pero la conozco lo suficiente como para saber que sonrío satisfecha cuando me ve aparecer totalmente desvelado.

Me guardo el mal humor y me levanto. Hace unos años esta es una tarea que me cuesta más de lo que debería. Es esta pierna que me hace sentirme más viejo de lo que soy. La acaricio mientras resoplo y miro por encima del hombro el hueco que ha dejado mi mujer en su lado de la cama. El izquierdo. Ojalá siempre estuviera vacío. Ojalá nunca lo ocupara.

Ojalá...

Toso con fuerza y agarro el vaso de agua de mi mesita. Al levantarme apoyándome en el bastón es cuando soy consciente de que el lado izquierdo de la cama siempre ha sido el mío, durante más de cuarenta y cinco años. Pero mi mesita está ahora en la derecha.

Me froto la frente. ¿Estaré empezando a sufrir de demencia?

Voy renqueando hacia el salón.

—Anda, Luis, ¿por qué te levantas tan pronto?

La tía es una actriz buenísima. Casi podría creer que está sorprendida. Me mira alzando sus delicadas cejas, con esos ojos azules limpios y cristalinos. Pero su sonrisa ladeada la delata y le hago un gesto soez con la mano antes de coger una magdalena y prepararme un vaso de leche.

—Veo que sigues siendo igual de maleducado. Desde luego, hay que ver, con lo que tú has sido.

—Pues sí, lo que he sido y en lo que me has convertido. Un saco de huesos harto de ti, ¿no tienes que terminar otro de tus bodys de calceta?

—Es ganchillo, no calceta. Ahora que lo dices, ayer la niña me pidió otros seis, rosas.

La niña es nuestra hija de veinticuatro años. Ha montado un negocio por Internet. Se llevan unos chanchullos de los que ni me entero, ni me quiero enterar. En resumen: Mercedes cose y Lara vende. Eso es todo lo que me interesa. Eso y que mi mujer pase las horas concentrada en ese trabajo.

Mercedes suspira y se va al comedor. La oigo encender la estufa y me termino el desayuno. Siete pastillas después, me voy al sofá a encender la televisión.

Pero antes de eso me fijo en Mercedes y no puedo evitar reírme.

—¿De qué te ríes?

Me mira exasperada, como si el sonido de mi felicidad perturbase la suya.

—Has empezado el body por la pierna izquierda.

Siempre empieza por la derecha porque dice que da buena suerte. Sé lo mucho que le irritan los errores. Y también lo supersticiosa que es.

—Pero ¿qué dices, Luis? He empezado como...

Sonrío satisfecho al verla palidecer.

—No soy el único que chochea.

—Cállate. No voy a deshacerlo ya. Ponte una película del oeste y déjame en paz.

Pero no se oye nada, por mucho que subo el volumen no hay manera. Cuando golpeo el mando, desesperado, es Mercedes la que sonrío, disfrutando de mi frustración.

—La televisión no funciona y tengo sueño, me voy a la cama.

—De eso nada. Haz algo de provecho y ve a por sal para hacer la comida.

—Pero si ayer fuimos a comprar, ¿cómo puede ser que no tengamos sal?

—Porque estás senil y no te acuerdas de las cosas.

No quiero contestar, así que me levanto de mala gana y me dirijo hacia la puerta, total, así podré preguntar si a alguien más le pasa lo de la tele. Nerea es nuestra vecina de enfrente, una mujer de cincuenta años que se pasa la vida viendo programas del corazón. Si alguien puede estar preocupado por una anomalía televisiva esa es ella.

Cojo las llaves, por si acaso la puerta se cierra y a Mercedes se le ocurre «no escuchar» el timbre. No sería la primera vez que me deja esperando en el rellano con la excusa de su sordera.

Al principio no noto nada diferente, avanzo hacia la puerta del frente con decisión hasta que me doy cuenta de dos cosas: la primera es que no hay ninguna puerta frente a la nuestra, la segunda es que hay un grupo de personas junto a otra puerta abierta que nunca había estado ahí.

¿Será posible que la medicación esté caducada? No. Esto es real. Voy hacia ellos con intriga.

—¿Quiénes son ustedes? ¿Qué está pasando aquí?

Las preguntas se agolpan en mi cabeza, cuando una mujer de cabello rubio anaranjado me detiene. Lleva gafas enormes de culo de vaso y unos ojos agrandados por las mismas me observan con interés.

—Es probable que no quiera ver esto, señor.

Su voz es aguda y estridente y hace que me ponga de peor humor, pero lo que dice es verdad. Cuando me muevo para ver mejor, me encuentro con un cadáver en un charco de sangre. Me entran náuseas. Ya no estoy para estos espectáculos grotescos.

Está en un pequeño salón, en un piso que no reconozco. Miro hacia el mío y recorro el pasillo con la mirada. En apariencia todo está igual, pero las puertas están cambiadas. Y donde debiera estar la casa de la familia Ríos, hay un salón que no conozco con un muerto.

—Esto no se lo ha podido hacer él mismo —dice un hombre entrado en los cuarenta examinando el cadáver.

No parece inmutarse por estar frente a un muerto que ha sido apuñalado. Al contrario, es como si estuviera por completo en su elemento. Me estremezco, nunca he comprendido ciertas profesiones.

—Soy médico, no me miren así —añade.

Por lo visto, no soy el único que le mira de este modo. Nunca en mi vida he visto a toda esta gente, pero no tengo ganas de conocer a nadie nuevo. Solo quiero saber qué demonios está pasando.

—¿Alguien sabe qué está ocurriendo? —pregunto posando la mirada en los presentes.

—¿Y por qué hay un cadáver? —inquire una adolescente.

—Estamos en un sueño o algún tipo de dimensión irreal —responde la mujer de las gafas con voz aguda, captando la atención de todos los que estamos presentes.

El médico se levanta con el ceño fruncido y la mira antes de hablar.

—¿Perdón?

Ella levanta la barbilla y se ajusta las gafas.

—No sé cuán observadores sois, pero es fácil ver que estamos en un edificio que no es el nuestro. Los teléfonos no funcionan bien, la radio y la televisión no se escuchan, y todo está en un idioma raro. Y cuando he querido salir a ver qué pasaba, me he encontrado las calles vacías. He caminado y caminado buscando a alguien y... —Hace una pausa para humedecerse los labios y aumentar la tensión que ya hay. Parece que le encanta—. He aparecido delante de este edificio de nuevo.

Nos miramos unos a otros sin comprender. Antes de darme cuenta, el caos impera y las voces se suman. Me siento como en un gallinero. Es imposible entender nada de lo que dicen.

—¿Dónde demonios has ido a buscar la sal, Luis?

La voz autoritaria de Mercedes no es suficiente para detener la confusión que hay sembrada. Pero todos callan cuando una mujer joven lanza un grito pidiendo silencio.

—Sea lo que sea necesitamos centrarnos y colaborar. No debe cundir el pánico.

—Tiene razón —interviene de nuevo el médico—. Alguien ha matado a este hombre. ¿Alguno le reconoce?

Los presentes intercambiamos miradas cargadas de incompreensión. Giro la cabeza hacia Mercedes, que nos observa incrédula, seguramente asimilando lo que está viendo.

—¿Quiénes sois todos vosotros? ¿Por qué estáis en el rellano de mi casa?

Viene hacia nosotros con altivez. Cuando se pone así no parece que tenga casi noventa años. La pongo al día con rapidez bajo la atención del resto.

—¿Otra dimensión? —Mira a la cuarentona por encima de sus propias gafas, pero al contrario que los demás, lo hace con interés. Apuesto a que a mi mujer le encanta la idea.

—¿Qué tal si nos presentamos? —tercia un atractivo joven de unos veinte que lleva un móvil en la mano y lo mira a cada rato.

—Eh, guapito, que esto no es un patio de colegio —suelta un treintañero de pelo largo.

La adolescente pecosa chilla de emoción y le mira sin poder creérselo.

—¡Aaaaahhh! ¡Eres el asesino del ahorcado!

El aludido pone los ojos en blanco.

—¿Eres el asesino del ahorcado? ¿No estabas en la cárcel?

El guaperas se ha quedado helado y le mira de hito en hito. Yo trago saliva. No sé quién es ese asesino del ahorcado, pero no me gusta. Me quedo observándole, como los demás. Lleva un mono gris... como los presos.

—Sí, y ahora mismo estoy aquí. Tampoco lo entiendo. —Se encoge de hombros—. Pero yo nunca he matado a nadie, y mucho menos a este, si es lo que estáis pensando. —Nos examina uno por uno. Me da escalofríos—. No pienso quedarme a escuchar vuestras presentaciones mientras este fiambre se pudre a nuestro lado. Yo me voy a mi celda, a ver si con suerte me duermo y me despierto en el puto mundo real.

Se pierde a través del pasillo y sube unas escaleras que llevan al tercer piso. En el último hay una azotea. Bueno, si eso no ha cambiado, claro.

—¿Lo veis? —dice la mujer de las gafas señalando el lugar por donde el asesino se ha ido—. Es imposible que un preso pudiera estar aquí si esto no fuera una especie de dimensión extraña.

Mercedes me coge fuerte del brazo y tira de mí hacia casa. Puede que el asesino del

ahorcado tenga razón y una buena siesta nos ayude a que todo vuelva a la normalidad.

Dejamos al grupo de personas parloteando y nos encerramos en el piso. Mercedes susurra una maldición.

—¿Qué está pasando, Luis?

Le tiembla la voz y me compadezco de ella. La tomo de las manos y niego con la cabeza.

—Yo tampoco entiendo nada, Mercedes.

—Será mejor que sigamos haciendo lo de siempre. Puede que esto... pase.

No me puedo creer que esté hablando en serio, ¿cómo vamos a hacer lo de siempre cuando allá fuera hay un muerto y siete desconocidos entre los que hay un asesino que supuestamente está en la cárcel?

Me voy a la habitación, dispuesto a meterme en la cama y olvidarme de esta situación descabellada.

Contra todo pronóstico concilio el sueño antes de lo previsto y me voy a tiempos mejores, cuando Lara era pequeña y corría hacia mí con sus cortas piernas. Era la época más feliz de mi vida, pero todavía no lo sabía.

Y en medio de todo, arrancándome del sueño, un dolor helado y punzante me atraviesa el cráneo y dejo de sentir. Encuentro la paz en mi viejo hogar.

Hellman

—Soy Hellman —me presento rompiendo el hielo.

Espero alguna palabra de admiración, pero recibo entrecejos fruncidos.

—¿Es que nadie me reconoce?

—¿Eso es un nombre? —pregunta el médico.

—Es el tiktoker que se hizo famoso haciendo bromas a gente haciéndose pasar por sus ídolos —responde la adolescente sin mirarme. Percibo cierto desdén en sus palabras.

—Hago reír a la gente.

—¿Siendo cruel?

Niega con la cabeza y se marcha sin presentarse. Resoplo. Hay gente que no entiende mi arte. Tengo un don, puedo imitar voces. Así que decidí sacarle partido.

—A mí podéis llamarme Daisy, y soy médium —dice la mujer de pelo anaranjado y gafas.

—¿Eso es una profesión todavía? —se mofa el médico—. Yo soy Fred, y en realidad soy forense.

—Yo soy Cas Jones, y soy actor. De hecho, acabamos de estrenar una película basada en el asesino ese. Soy yo quien le interpreta —interviene por primera vez un hombre que va en chándal. Suelta una risilla.

Diría que pasa de los cuarenta años. No sé cómo le pudieron escoger para el papel del otro, no se parece en nada y se le ve más mayor.

Miramos a la que queda por presentarse, que está todavía pálida mirando al cadáver, aunque fue la que antes quiso poner orden.

—Miriam.

No dice nada más. Coge un mechón de pelo negro y lo enreda en el dedo índice.

—¿Y a qué te dedicas? —inquiero.

—Yo, eh... Soy escritora.

Guardamos silencio. Nuestras miradas van al cadáver.

—¿No deberíamos taparlo o algo así?

Fred me mira como si fuera estúpido.

—No debemos tocar nada. La policía se encargará.

Saca su móvil, lo mira y lo agita. Tras poner los ojos en blanco, marca y se lo pone en la oreja, alejándose de nosotros.

Vuelvo a mirar el mío. No sé por qué se me ha cambiado el idioma. He ido a configuración y he intentado arreglarlo, pero no he conseguido nada.

Malditos móviles nuevos. Nos lo venden como lo último y lo mejor y luego son una mierda. Menos mal que me sé todo de memoria.

—Nada, no hay respuesta.

—Ya lo dije —canturrea Daisy.

—¿Y qué podemos hacer? No creo que haga falta recordar que hay un asesino con nosotros —murmura Miriam.

—Que cada uno se encierre en su casa y mañana a ver si...

Pero el forense no sabe cómo terminar la frase. Escuchamos una puerta y vemos a Mercedes salir al pasillo y dirigirse al ascensor.

Yo voy hacia las escaleras. Pongo un pie en el primer peldaño dispuesto a subir, y recuerdo que es el camino que ha tomado el asesino. Pero mi piso está en el quinto... Miro a los demás. Se han dispersado por fin. Miriam va también hacia el ascensor. No me gustan los ascensores. Me entra algo de claustrofobia. ¿Y si me quedo encerrado? ¿Podrían sacarme antes de que se me termine la batería del móvil?

El móvil. Me voy a Tiktok y abro la app. Comienzo un directo. Sonrío a la cámara mientras empiezan a unirse mis seguidores.

—Tengo que contaros algo muy muy fuerte. —Subo las escaleras—. Estoy en un edificio que no conozco, con personas como un forense, una escritora y una médium. ¿Os lo podéis creer? —En el rellano del cuarto piso no veo a nadie y continúo, envalentonado por no sentirme ya solo—. ¡Y también está aquí el asesino del ahorcado! —susurro al micro—. Pero ¿sabéis lo mejor? Hay un cadáver de un tío. Apuñalado.

Mientras sigo relatando lo que he visto y oído, llego a mi puerta y me encierro. Me tiro en el sofá mientras sigo parlotando. No deja de unirse gente y también escriben comentarios que no soy capaz de leer. Menos mal que los emoticonos son de gran ayuda.

—No puedo leerlos, el móvil está en un idioma raro y no he podido cambiarlo.

Entonces empiezo a recibir emoticonos de todo tipo. Una ventana, una puerta, un planeta...

—¿Queréis que explore?

Corazones y manos levantadas. Resoplo. No tengo muchas ganas, pero no deja de unirse gente y me están subiendo los seguidores... Quizás deba aprovecharlo. Podría salir una gran noticia de todo esto si lo documento en directo, y yo sería el protagonista.

Sonrío.

—¡Muy bien! Vamos a ello. Todo por vosotros.

Lanzo un beso y me levanto. En primer lugar voy a la ventana. La ciudad es la misma de siempre. Aunque hay algo diferente, pero no sabría decir qué.

—Ya veis, es como si no me hubiera ido, pero el edificio...

Salgo al pasillo vacío y voy hacia el ascensor. Los números indican que hay doce pisos en total. ¡Doce! Donde vivo en realidad hay solo nueve.

Animado por la audiencia —¡tres mil espectadores y subiendo! (sé que son tres mil porque es como si los números estuvieran del revés y casi puedo leerlos)— subo por las escaleras hasta la última, donde hay una azotea abierta desde la que se ve la ciudad que me ha visto crecer. Al asomarme veo las calles vacías, tal y como ha dicho la médium.

Solo me cruzo con alguien en el rellano del piso nueve, con una mujer que se llama Helga y dice ser enfermera. Cuando le cuento un poco la situación, pega un chillido y corre a encerrarse en su casa.

Continúo la exploración y me encuentro a la anciana en el rellano del tres.

—No deberías andar por aquí solo, jovencito.

—¿Y usted?

—Yo voy armada.

Levanta un spray de limpiar y suelto una carcajada.

—¿Eso, un arma?

—¿Quieres ver lo bueno que es para los ojos?

Emoticonos de risas me inundan la pantalla. Bajamos juntos y ella regresa a su casa, en la segunda planta. Yo continúo hasta el portal. Hay un espejo que ocupa toda una pared junto a los ascensores. Hago muecas para hacer reír a la audiencia y me dirijo hacia la puerta. Justo entra un niño, no tendrá más de doce o trece años. Tiene las mejillas húmedas.

—Eh, ¿estás bien? —Me acerco a él, que me mira esperanzado.

—¿Dónde estamos?

—No lo sé. —Le hago un breve resumen de las personas que hay por aquí y de la teoría loca de la médium—. Lo estoy compartiendo todo con mis seguidores, seguro que la policía lo verá también y vendrán en nuestra ayuda, no te preocupes. Ven, ¿quieres saludar a mi audiencia?

El niño, algo más animado, asiente y se acerca.

—¡Gente, os presento a...!

—Álex.

—¡Álex! Cuéntanos algo sobre ti.

—Yo... Mi madre no estaba cuando me he levantado y... —Frunce el ceño y acerca la nariz a la pantalla.

—Eh, eh, que me la vas a ensuciar.

—¡Mira!

—¿Qué?

—¡Vuelve a levantar el móvil!

Sin esperar a que proteste, coge mi mano y la alza. Tras nuestras cabezas se lee el cartel que hay sobre la puerta. «Exit».

—¿Qué pasa? —pregunto sin comprender.

Álex gira la cabeza.

—Está escrito del revés. Como cuando se lee en un espejo.

Miro el cartel y luego a la pantalla. De nuevo al cartel. Este niño tiene razón.

—Espera... ¡Escribid algo! —insto a los espectadores.

Nos acercamos al espejo y levanto el móvil frente al cristal. Ahora sí puedo leerlos.

—¿Dónde estamos? —La voz le tiembla.

Es como si estuviéramos al otro lado de un espejo. A lo mejor la idea de la médium no es tan descabellada.

—Tenemos que...

Un grito nos hace echar a correr hacia las escaleras.

En el segundo piso encontramos a la anciana, chillando como una loca, y al forense y la escritora que tratan de calmarla. También está la adolescente a la que no caigo bien, el actor e incluso la enfermera. Todos menos el asesino y Daisi, la médium.

—¡Está muerto! ¡Está muerto!

El forense la deja en manos de la escritora y yo le sigo al interior del piso. No es que me agrade la idea de ver al viejo muerto, pero los espectadores no dejan de subir, tengo que aprovecharlo. Y documentar, claro, documentar.

Cambio la cámara para que se deje de ver mi cara. Es el típico piso de abuelos, con muebles feos y olor a viejo. El anciano está en un sofá con orejeras frente a la tele, y tiene dos agujas de hacer calceta que le atraviesan los ojos.

—¿No podrías tener un poco de respeto, chaval?

Cas Jones me aparta de un empujón.

—Estoy documentando.

—¡Largo de aquí!

Me echa a empujones y vuelvo al pasillo, donde Miriam, la adolescente y Álex susurran palabras de apoyo a la anciana. Me doy cuenta de que las estoy apuntando con la cámara cuando veo comentarios incesantes que trato de leer, ahora que sé cómo.

—Pues no se la ve muy afectada —leo en voz alta.

—¿Qué? ¿Has dicho algo? —me pregunta Álex.

Me aclaro la garganta, me vuelvo a enfocar y niego con la cabeza.

—Solo estaba leyendo los comentarios de mi audiencia.

—¿Qué has dicho, chaval?

El forense y el actor acaban de salir. Soy el centro de atención, pero es el niño quien se adelanta a explicar, entre emocionado y aterrado.

—¡Estamos en un espejo!

Me llevo la mano a la frente y vuelvo a negar. Le miran como si estuviera loco. Me adelanto y les muestro el móvil.

—Hemos descubierto que no es un idioma raro lo que estamos viendo, sino que está todo del revés, como cuando miras a un espejo.

Se centran en leer los comentarios del directo y luego se miran unos a otros. Por su expresión deduzco que acaban de comprender muchos de los detalles extraños que hemos estado percibiendo todos y que no éramos capaces de explicar. Como, por ejemplo, que yo siendo zurdo esté usando la mano derecha en todo momento.

—¿Qué ha pasado?

Llegan la médium y el asesino por mi espalda. Yo me aparto con cautela. Ya van dos muertos, y tenemos a un reconocido asesino entre nosotros. No hay que ser muy listo para...

—¿Me estás grabando, mocoso? —espeta el preso.

Sí, he cambiado la cámara. Quiero que la gente lo vea. Que la policía sepa que les falta un preso. Mis seguidores lo han reconocido al momento. «¡El asesino del ahorcado!», «¡Es Tom Cot!».

¡Eso! Tom Cot es como se llama este tío.

—No.

Me aparto más mientras se terminan de hacer las presentaciones —sin quitarle la vista de encima a Tom Cot, sospechoso número uno— y me entero de que la adolescente se llama Violeta. Los voy enfocando a todos, y cuando llego a ella, de nuevo los comentarios se disparan. Dicen que no para de mirar al asesino y lo hace con admiración. Al darme cuenta de que es cierto, me recorre un escalofrío.

—¿Dónde estabas hace una hora? —pregunta el forense mirando a Tom Cot.

—Exactamente donde os dije: en mi celda.

—¿Puedes demostrarlo?

El asesino del ahorcado nos mira uno por uno antes de regalarnos una sonrisa.

—Yo nunca he matado a nadie, así que si pretendéis culparme, no lo intentéis siquiera.

—¿Es una amenaza? —interviene Cas Jones.

—Es solo una sugerencia para que no perdáis el tiempo culpando a un inocente.

—¿Inocente? ¡Eres culpable de más de veinte muertes! —acuso tras leer a mi audiencia. Centra su mirada en mí y me encojo.

—Yo no los maté. Ellos lo hicieron por sí mismos. Fue su decisión. Yo solo propuse jugar al ahorcado...

—¡Basta! Hasta que tengamos la certeza de que no has sido tú, te encerraremos...

—¿Y qué hay de ella? —Tom Cot señala con la cabeza a la anciana—. Habéis dicho que el muerto tiene dos agujas de hacer calceta atravesándole el cráneo.

Algunos miramos a Mercedes que endurece la mirada.

—Lo que yo hago es ganchillo, y las agujas que han matado a Luis son de calceta, como bien has dicho. ¿Y por qué iba a matar a mi marido?

—Señora, si supiera lo que he visto en la cárcel...

—Además, yo no he podido ser. —Nos mira a todos, en especial a Fred—. ¡Ni siquiera estaba aquí! Él lo puede confirmar. Soy vieja, no podría haber sido tan rápida.

Me señala y yo asiento, confirmando sus palabras.

Fred y Cas Jones se dirigen hacia Tom Cot, que se deja acompañar sin dejar de sonreír, guiándolos a su celda en la cuarta planta.

—Yo... Voy a preparar un chocolate caliente. ¿Alguien quiere uno?

Todos miramos a la anciana, pero nadie se atreve a aceptar la oferta. Por mucho que tenga coartada, esta situación es muy rara y ya llevamos dos muertos. Pero yo quiero chocolate.

—¡Me apunto!

Entramos en su casa los que quedamos. No quieren chocolate, pero no se atreven a separarse. No me extraña. Los comentarios también dicen que no ha sido el asesino del ahorcado quien ha matado al viejo. Algunos acusan a Mercedes. Otros al actor. Y otros al forense.

El cuerpo del anciano ha sido tapado con una sábana. Con las agujas marcadas bajo ella, parece que le salgan cuernos y que debajo haya un demonio en realidad.

Los presentes toman asiento donde pueden, lejos del cuerpo, mientras observan a la mujer trastear en la cocina.

—¿El baño? —Alzo la voz para que Mercedes me escuche.

—Al fondo del pasillo.

Tantas emociones me han soltado la vejiga. Y si me voy a meter un chocolate, prefiero hacerlo a gusto. Dejo el móvil sobre el lavabo. La gente sigue divagando con el tema del asesino.

—Juntos lo descubriremos —les prometo.

Y me haré mucho más famoso.

Al salir, veo que algunas personas han cambiado de posición, y sobre la mesa del salón hay dos tazas humeantes. Violeta y Álex pasean por el salón, inquietos. Miriam y Daisi parecen tener la mirada perdida. Helga se muerde las uñas paseando su mirada de la puerta al muerto.

Mercedes se hace con una de las tazas y me invita a coger la que está más cerca de mí. Las entrechocamos y doy un primer sorbo. Está muy caliente, y dulce. ¡Qué delicia!

—Es el mejor que he probado en mi vida.

Lo enseño por el directo y bebo más.

Me siento tan bien que un agradable sueño me invade y decido dejarme llevar por él.

Álex

La anciana no deja de parlotear sin sentido, imagino que está nerviosa por todo lo que ha sucedido. Al fin y al cabo seguimos junto al cadáver de su marido. ¿Qué pasará cuando empiece a oler? He visto muchos capítulos de CSI y sé que los muertos empiezan a descomponerse a las horas y no es nada agradable.

El aroma de chocolate todavía invade la estancia y, aunque no me he fiado de beber nada que prepare esta gente, me arrepiento un poco de no haber pedido uno para mí. Es una abuelita, ¿qué podría hacer?

Dirijo la vista hacia Hellman, el influencer. Parece dormido. Tiene la cabeza echada hacia atrás en el sillón e incluso el móvil se le ha caído al suelo, al soltarse de su mano flácida. Violeta también se ha percatado de este detalle pues sus ojos se clavan en el aparato y se agacha a recogerlo con curiosidad.

—Veamos qué tiene el tiktokker de moda en su teléfono.

—No deberías hacer eso —le digo.

No es que este chico me caiga especialmente bien, pero no me parece correcto curiosear en su teléfono aprovechando que está dormido.

—¿Qué daño puede hacerle? ¡Está dormido como un tronco!

—Por eso mismo, no te ha dado permiso.

—¿Acaso él ha pedido permiso antes de hacer bromas a todo el mundo sin importarle nada más que ganar fama?

—Ya basta, niños —interviene la anciana como si fuéramos sus nietos.

—¿Y a usted quién le ha pedido opinión?

A mí también me ha molestado que nos regañe, pero me han enseñado a ser educado con los mayores, así que no intervengo mientras empiezan a discutir. En lugar de eso me acerco a Hellman para despertarle.

Le golpeo el hombro con suavidad. Al ver que no surte efecto le empujo con más fuerza y él se desploma sobre el suelo como un saco de patatas.

—¡Está muerto! —grita Daisy poniéndose en pie de repente.

—Cálmate. —Miriam retiene a la médium sujetándola del brazo y se acerca al influencer con cautela.

Me agacho junto a él, pero la escritora se me adelanta y le toma el pulso. Daisy respira de forma entrecortada y Violeta deja el teléfono en la mesita de centro palideciendo. La anciana nos mira a todos y entonces me alegro de no haber aceptado ese chocolate.

Miriam niega con la cabeza, confirmando las sospechas de todos y la atención se centra en Mercedes.

—¿No pensaréis que yo...?

—¡Le has envenenado! Y seguro que también has matado a tu marido. —Daisy lo dice sin duda alguna señalando a la anciana.

—¡Yo no he sido! ¿Por qué haría una cosa así? —Se seca las lágrimas con un pañuelo.

—Basta de teatro. Sea como sea, con coartada para su marido o sin ella, lo mejor es que la encerremos aquí hasta que encontremos más pruebas —dice Miriam.

—¡No podéis encerrarme!

—¡Claro que podemos!

La anciana grita y se resiste mientras Daisy y Violeta la empujan hacia su dormitorio. Mercedes tropieza y cae sobre la cama de matrimonio, aún sin hacer. Cierran la puerta y yo les acerco una silla a toda prisa. Aun así, la médium y la adolescente se quedan sujetando la puerta cuando la anciana intenta abrirla al otro lado.

—Iré a buscar a los demás. —Miriam sale de la habitación a toda prisa.

Cas Jones y Fred llegan poco después junto a ella. Entre todos mueven una vitrina hasta situarla delante de la puerta. Mercedes no deja de gritar improperios.

Fred se agacha junto al cadáver de Hellman.

—¿Qué crees que ha sido? —pregunta Miriam agachándose frente a él.

—Sin hacer más pruebas no puedo estar seguro, pero es a causa de un veneno. Uno rápido e indoloro que cause sueño... O quizá haya algo más. Tendría que examinar la cocina de Mercedes a fondo, aunque lo más probable es que haya escondido lo que sea que haya usado.

—Será mejor que nos marchemos. Ya no puede escapar —dice Daisy dirigiéndose a la puerta.

—Yo me quedo vigilando, mientras tú examinas esa cocina. —Miriam se sienta en un sillón.

Yo no espero más, salgo de ese piso asfixiante de viejos y me voy por los pasillos del edificio.

Debería ir a mi habitación, pero todo lo que está pasando y el hecho de estar en una extraña dimensión que está en un espejo me genera mucha curiosidad. Por no hablar de lo que he visto. ¿Todas las puertas llevan a lugares diferentes?

Además, los asesinos están encerrados, ya no hay peligro.

Así que empiezo a caminar sin rumbo, canturreando una de mis canciones favoritas.

La primera puerta ante la que me detengo es blanca con detalles góticos plateados. Muy bonita. Deslizo el dedo sobre las incrustaciones en plata cuando un carraspeo detrás de mí me hace apartarme de golpe.

—Deberías irte a tu habitación, chico.

Es Daisy. Al parecer estoy frente a su puerta. Me disculpo y me alejo de allí sin mirar atrás. Subo las escaleras, a ver qué me depara el siguiente rellano. Hay puertas que no soy capaz de abrir.

—¿Qué habrá tras ellas?

Continúo y paso frente a la celda del preso, cerrada con un candado. Acelero el paso sin mirar el interior. Ese hombre me da mucho miedo. No sé quién es, pero por lo que han dicho los demás, no es alguien bueno. Sigo subiendo.

Una puerta de madera de ébano llama mi atención en el sexto piso y voy hacia ella. El pulso se me acelera en el pecho cuando mi mano se posa sobre el pomo. No debería hacer esto. No está bien, así me lo ha enseñado mi madre. Hay que respetar la intimidad de los demás. Pero la curiosidad vence al sentido común y empujo.

Para mi sorpresa, esta cede y da paso a una habitación amplia.

Parece un estudio. A un lado, una pequeña cocina de concepto abierto. Un salón que hace

de dormitorio en el centro y, entonces, al dirigir la mirada hacia el otro lado siento cómo el aire se traba antes de llegar a mis pulmones. Una máquina de escribir con un montón de papeles a un lado. Pero eso no es lo que más me llama la atención. Unos estantes repletos de armas captan por completo mi interés. Un bote con arsénico, somníferos, puñales y... ¿agujas de calceta?

Tengo que salir de aquí, contarle a alguien lo que acabo de ver. No me cabe duda de que esta casa pertenece a Miriam.

Salgo corriendo por el pasillo y pulso el botón del ascensor frenéticamente. Siento que me falta el aire, no puedo respirar.

No puedo esperar, así que me lanzo escaleras abajo. Estoy tan nervioso que no pienso con claridad y tropiezo antes de llegar a la tercera planta. Caigo escaleras abajo y todo se vuelve negro.

Mercedes

Hace rato que he dejado de pedir que me saquen de aquí. Mi garganta y mis huesos no aguantan ya como antes. Me he sentado en el sillón que tenemos en la habitación, a la espera de algo. Lo que sea. Aunque sé que tienen razón. Solo en parte.

Soy yo la que ha matado a Luis.

Suspiro y miro su lado de la cama.

Demasiados años juntos, viviendo un infierno. ¿Por qué no nos separábamos? Por comodidad. No queríamos buscar nueva casa, ni hacer ningún tipo de repartición. Pero él ya no me quería a su lado y yo a él no le quería al mío.

Tantas veces fantaseaba con clavarle una de las agujas mientras veía la televisión y se reía como un descosido. Esa risa me sacaba de quicio. Me hacía rechinar los dientes mientras imaginaba que acababa con su vida.

Y por fin he podido cumplirlo. Aquí nada es real, por eso me he dejado llevar.

¿Una dimensión espejo? Es una estupidez. En algún momento saldremos de aquí y todo volverá a ser como antes...

Oigo voces. Me levanto y me acerco a la puerta.

Creo que es Daisy. Está diciendo que me dejen salir. Y al asesino, ese tal Tom Cot.

Tras el sonido de un mueble siendo arrastrado, abren la puerta y veo a Miriam que me mira con desconfianza y a la médium.

—Vamos al hall.

No pregunto nada y las sigo hasta la planta baja. Al poco, llegan Fred y Cas Jones escoltando a Tom Cot. Los demás ya están esperando, sentados en los sofás, salvo Violeta, que se pasea nerviosa y Álex, el niño, que no está presente.

—Álex está muerto. —Todos contenemos la respiración. Tomamos distancia unos de otros—. Tranquilos, ha sido un accidente. O eso creo... —Daisy coge aire—. Me lo encontré en la sexta planta, salía de un piso. —Por el rabillo del ojo percibo que Miriam se tensa—. Vino corriendo hacia mí, gritando desesperado. Me contó que había visto cosas raras en una casa que creía que era de la escritora.

—¿Qué tipo de cosas raras? —preguntó Fred.

—El caso es que al verlo tan alterado le dije que me esperara fuera, y yo comprobaría lo que me decía. Mientras estaba dentro escuché un grito y, al salir, Álex se había precipitado por las escaleras.

Observo a Miriam con curiosidad, se aleja despacio de nosotros mientras traga saliva.

—Daisy, ¿qué había en el piso? —pregunto con cierto temor.

—Armas de todo tipo, incluyendo puñales, pistolas, arsénico, morfina y somníferos. Y agujas de calceta. —Clava los ojos en mí.

—Eso quiere decir... —musita el actor.

Todos miramos a la escritora, que ya está muy cerca de la puerta del edificio.

—Soy escritora de novelas de misterio. Es normal que me documente sobre ciertas cosas.

—¿También que las guardes en tu piso? —Daisy avanza hacia ella con decisión.

Cas y Fred la siguen, amenazantes.

Antes de que sigan avanzando hacia ella, Miriam abre la puerta del edificio y sale corriendo por la calle.

—¡Tenemos que atraparla! —exclama Daisi.

—¿Para qué? ¿Acaso va a poder llegar muy lejos? —El asesino camina hacia el fondo, hacia los ascensores, bufando con desdén y dejando claro su desinterés.

Pero Cas Jones, Fred y Daisi han salido corriendo tras ella. Yo estoy mayor para estos achaques.

—¿Y si vamos a ver ese piso? —propone Helga.

—Yo paso de este jueguito. Me piro a mi celda.

—No, tú vienes con nosotros —le ordeno con voz grave.

Tom Cot me mantiene la mirada. A mí no va a lograr intimidarme como parece hacer con otros. Al final resopla, cediendo, y me hace un gesto invitándome a pasar al ascensor al que luego nos sigue.

Me intriga lo que pueda haber en esa casa. Llegamos a la sexta planta y entramos en el estudio.

Helga suelta una exclamación y se acerca a examinar las armas. Las hay de lo más pintorescas, pero no las miro durante demasiado tiempo. Tom Cot se queda apoyado en el marco de la entrada, mirando nuestros movimientos sin un ápice de curiosidad.

La vieja máquina de escribir atrae mi atención y los folios que hay al lado más aún. Violeta se me ha adelantado y está leyendo.

Sus ojos se agrandan y cuando vuelve a mirarnos está blanca como los papeles que sostiene.

—¿Tan buena es? —bromeo acercándome.

Un dolor sacude mi cuerpo y me apoyo en la barra de la cocina durante unos segundos.

—Todas las muertes están aquí.

—¿A qué te refieres, niña? —Me acerco como puedo y le arrebató los folios de las manos.

La verdad es que sin mis gafas poco puedo ver, la letra es pequeña, y que todo esté escrito al revés no ayuda; el texto bailotea esquivo ante mis ojos. Abro la boca, sin atreverme a reconocer que le he quitado los papeles para nada.

—¿Y bien? —Helga se impacienta y acerca a nosotras.

—Toma.

Le doy las hojas, porque ¿qué otra cosa puedo hacer ahora mismo? Helga las repasa, veo que tarda en comprender lo que está escrito y eso me hace sentirme mejor; y aunque no parece tan impactada como Violeta sí palidece un poco.

—Está claro que ha sido ella. Y encima lo está escribiendo como si nada. Está loca.

—Hay quien lo llama arte —interviene el asesino.

Helga suelta un bufido, pero la joven se le queda mirando con cierta... ¿admiración?

Me alejo hacia la estantería y me estiro para coger unas agujas de calceta iguales que las que utilicé para acabar con la vida de Luis. Pero entonces mi cuerpo me recuerda que ya no soy una joven capaz de hacer esos movimientos. Mi cadera se sacude y el dolor baja como una corriente helada por mi pierna. He tenido ciática más veces y siempre es horrible. Me quedo rígida y suelto un gemido de dolor.

—¿Está usted bien?

Helga me toma del brazo y yo me aparto. No quiero la compasión de nadie. Los ojos se

me llenan de lágrimas por el esfuerzo.

—La acompañaré a su casa. No se preocupe, soy enfermera, ¿qué le duele?

—Es la ciática —contesto derrotada.

—Nosotros llevaremos esto al hall para que lo vean los demás —dice Violeta.

Los cuatro vamos al ascensor y nosotras nos bajamos en la planta en la que está mi piso. Quizá no es mala idea aceptar su ayuda, sabe lo que hace, es enfermera. Así que me dejo hacer, el dolor es insoportable cuando me muevo. Agradezco que ella se ocupe de abrir la puerta y ayudarme a sentarme en el sofá.

Me estremezco al ver el cuerpo de Luis en el sillón. Aunque está tapado por las sábanas intuyo su cuerpo debajo. Algunos recuerdos bonitos afloran y me invade una oleada de arrepentimiento. ¿Y si esto no es solo una pesadilla de la que vamos a despertar? ¿Y si de verdad he acabado con la vida de mi marido?

—Le voy a preparar una inyección que aliviará el dolor y le permitirá descansar.

Me inclino hacia delante para dejarle espacio en cuanto regresa con la jeringuilla. Me han pinchado más veces para este tipo de problemas y sé que me va a tocar recibir un aguijonazo en las lumbares.

—Vamos allá —dice.

La aguja se clava con más fuerza de la que debiera en mi carne y aprieto los dientes. Será enfermera, pero es una bruta. Noto el líquido entrar en mi cuerpo despacio.

—Los viejos sois un lastre para esta sociedad.

—¿Qué? —No sé si he entendido bien lo que ha dicho.

—Que sois solo una puñetera carga. Siempre necesitando miles de medicamentos que no hacen sino perjudicar la economía y no aportando ya nada más que babas, mocos y pañales meados. En este mundo no hay sitio para vosotros y en esta realidad alternativa aún menos. Si queremos sobrevivir los que todavía tenemos la vida por delante...

Niego con la cabeza y quiero hablar, pero siento la debilidad llegar a todos mis músculos. Debe de ser el calmante haciendo efecto por fin. Me siento tan cansada que apoyo la espalda en el respaldo, sin ganas de discutir con esta perturbada.

—Y ahora duérmete de una maldita vez.

Cierro los ojos y lo último que oigo es el portazo que da Helga al salir de mi piso.

Violeta

Cuando llego al hall están ya todos aquí de nuevo. Nos informan de que no ha habido éxito en la caza de Miriam, así que les enseño el texto que ella ha escrito. No necesitamos muchas más pruebas para saber que es la asesina de casi todos.

—Está como un cencerro, está convirtiendo esto en una de sus novelas.

—Yo creo que es más lista que todos nosotros juntos —comenta Tom mirando al exterior.

—¿Cómo puedes decir eso? —Cas Jones parece estar sorprendido ante la afirmación del asesino.

—Porque tiene razón, si puede sacarle beneficio a toda esta mierda, ¿por qué no hacerlo? —digo yo.

—Está matando gente —continúa el actor.

—Si no tiene ideas, las crea ella. —Tom Cot se encoge de hombros.

Me recorre un escalofrío. Quizás lo más probable sea que esté loca y planee acabar con todos nosotros.

—Me encantaría seguir con este debate, pero tenemos asuntos más urgentes que atender. Voy a examinar el cuerpo de Álex —dice el forense.

—Te acompaño, no debemos separarnos —se ofrece Daisi—. Quedaos aquí y no os mováis hasta que volvamos.

Ambos se pierden escaleras arriba. Helga baja poco después y se pone a leer los folios, aunque ya lo ha hecho antes. El actor está cerca de ella, echando miradas furtivas al exterior, por si Miriam llegara de un momento a otro. El asesino se ha sentado en otro sofá, alejado de nosotros.

El silencio se hace insoportable. Paseo de un lado a otro, incapaz de mantenerme quieta. Me gustaría irme de aquí, estar sola en la comodidad de mi casa, pero no me van a dejar irme así sin más. Aunque sea a dar una vuelta. Con la escritora fuera y la única entrada vigilada, estamos a salvo por el momento.

Al rato, regresan con el rostro sombrío.

—¿Qué sucede? —pregunta Cas Jones.

—La muerte de Álex no ha sido un accidente. Ha sido asesinado.

Todos menos Tom Cot se levantan al escuchar la noticia. Yo suelto un grito que ahogo con las manos.

—¿Cómo lo sabes? —inquieta Helga con voz temblorosa.

—Aparte de porque me dedico a esto —responde Fred cortante—, por los síntomas. Sobredosis de morfina.

La tensión aumenta entre nosotros. ¿Quién sería capaz de matar a un niño? Dirijo los ojos hacia el exterior. ¿En serio la escritora esa haría algo así solo por una novela?

—Será mejor que vaya a ver cómo está Mercedes —dice Helga con la voz más tranquila—. Sé que la asesina está fuera, pero me quedaré más tranquila.

—No deberías...

—Yo iré con ella —me ofrezco interrumpiendo a Fred.

—Solo eres una niña —comenta Cas Jones, despectivo.

—Y tú un actorucho de segunda.

Tom Cot suelta una carcajada desde el sofá y, satisfecha, me encamino con Helga hacia las escaleras.

Encontramos la puerta del piso de los ancianos entreabierta.

—Qué extraño... —La enfermera mira a uno y otro lado—. Creo recordar que la dejé cerrada.

El corazón se me acelera, aunque trato de calmarlo con respiraciones profundas. Mercedes tiene que estar bien, todos estábamos abajo y Miriam no ha entrado en el edificio.

Pero estoy equivocada. La mujer yace con la boca abierta. Parece dormida y me aferro a esto. Helga se acerca a ella y le toma el pulso.

Suspira y me mira.

—Avisa a los demás.

Con lágrimas en los ojos, corro como si no hubiera un mañana.

—¡Está muerta! ¡Está muerta!

Fred me coge de los hombros antes de que termine de bajar las escaleras que dan al vestíbulo.

—¿Qué pasa? ¿Quién está muerta?

—¡Mercedes!

Me agarro a él. Mira a los demás y les dice:

—Quedaos aquí. —Luego se dirige a mí—: Tú también.

No pasa demasiado cuando vuelve acompañado de Helga. Yo estoy casi sin uñas de los nervios. Me he sentado en el mismo sofá que Tom Cot por intentar calmarme, pero mis piernas han cobrado vida y él se ha levantado con un resoplido de fastidio.

—Está muerta. La han matado igual que a Álex. Sobredosis de morfina.

—¿Y quién podría tener morfina aparte de ella? —inquire Cas Jones refiriéndose a Miriam.

Los ojos de Daisy, Tom Cot y los míos se dirigen tanto a la enfermera como al forense, que intercambian una mirada y levantan las manos.

—Os recuerdo que la verdadera asesina está ahí fuera —se defiende ella.

—¿Y cómo ha logrado matar a Mercedes si no estaba aquí?

—Cuando regresamos del exterior no estabais aquí —nos acusa Fred—. Tal vez llegó antes que nosotros y ahora está escondida en el edificio.

Es un argumento sólido, y todas las pruebas apuntan a ella. O casi todas, debería decir. Bajo la mirada ante este pensamiento.

Todos toman asiento y debaten qué hacer, si registrar el edificio, armarnos, buscar una salida...

Tom Cot se ha alejado por el pasillo hacia donde están los ascensores.

Durante unos minutos me quedo aquí plantada sin saber muy bien qué hacer. No me siento cómoda con esta gente. No me fío de nadie... Muchas veces las personas parecen inofensivos corderitos y luego te destrozan la vida.

Me dirijo hacia donde está Tom Cot. Con él sí me siento cómoda. Conozco su historia, la he seguido desde que tuve edad para que mis padres me permitieran acceder a internet sin controles. Tom Cot, el asesino del ahorcado. Sufría acoso escolar desde niño, y en su

adolescencia se acrecentó. Creó un juego a partir del infantil del ahorcado. Por cada letra acertada, proponía un reto que solo personas como los que le acosaban aceptaban realizar. Gente malvada, sin sentimientos ni escrúpulos. Como los que me acosan a mí. Cada reto superado los acercaba a su propia muerte.

Es ingenioso.

Me apoyo en la pared a su lado y él gruñe, descontento.

—¿Es qué no tienes otro sitio al que ir o qué? Será por espacio. Manda huevos...

—Soy una gran admiradora tuya.

—Pues qué bien.

No se me escapa su tono irónico, pero me acerco más a él y sonrío.

—Sufro bullying en el instituto. De tipos como Hellman. Gente que disfruta haciendo daño a los que consideran más débiles. Es algo que los que somos diferentes tenemos que soportar. —Aunque sigue haciendo como que me ignora, capto cierto brillo en su mirada—. Tú diste su merecido a toda esa gente.

—Yo no hice nada.

—Claro que sí. Fue un espectáculo. Y ¿sabes? Estoy siguiendo tus pasos.

Tom me mira con el ceño fruncido y siento mi corazón acelerarse en mi pecho. Es ahora o nunca. Puedo ganarme su aprobación y lo haré. Acerco mi rostro al suyo antes de decir:

—Yo maté a Hellman —susurro para que solo él me oiga.

Su expresión cambia. Arquea las cejas con sorpresa y entonces algo más asoma en su rostro.

—Tú me inspiraste. Utilicé un veneno...

—Cállate. Eres una estúpida que no ha entendido nada.

—Pero...

—Yo nunca maté a nadie. Esa es una línea que no debe cruzarse.

—Pero, yo creía...

—Yo creía, yo creía. Eres igual que todos los que me acosaban. Crees que eres mejor. No lo eres y no tienes ningún derecho a matar. La gente como tú me da asco.

El vacío en mi pecho crece y los ojos se me llenan de lágrimas. Intento coger aire, pero este parece escaparse de mis labios. Así que hago lo primero que se me ocurre, que es salir corriendo de allí.

—¡Eh, niña! ¿Dónde te crees que vas? ¡No podemos separarnos!

La voz de Helga se pierde mientras yo corro escaleras arriba. Tengo que esconderme de todos, como he hecho siempre. Necesito huir de esto. Despertar en mi realidad, aunque me pareciera una mierda.

Antes de entrar en casa oigo un fuerte ruido metálico que parece venir de las plantas superiores, pero... ¿no están todos abajo? Puede que Miriam esté dentro, tal y como Fred ha argumentado.

Me quedo paralizada unos instantes, aguzando el oído. A continuación escucho unos pasos que vienen de los ascensores. Veo a Tom Cot. A mi espalda sé que hay alguien más, pero mi mirada está centrada en él y en la pistola que lleva en la mano derecha.

—¿Qué...?

—Mira lo que me obligas a hacer. Has cruzado una línea que jamás debe cruzarse. Y por tu culpa, por liberar al mundo de ti y a nosotros en este lugar, ahora debo cruzar también esa línea y manchar mis manos de sangre.

Un grito ahogado a mi espalda.
Un disparo directo a hacia mí.

Helga

Se oye un disparo y dejo las hojas, sobresaltada. ¿Qué demonios...? Miro al resto. En el hall solo quedamos Fred, Daisy, Cas Jones y yo. Frunzo el ceño y dirijo la mirada hacia el lugar en el que antes estaba Tom Cot. Me muerdo el labio con desconfianza. Se ha esfumado.

—¿Eso ha sido un disparo? —pregunta el actor con voz temblorosa.

—Será mejor que vayamos a ver —propone el forense.

—¿Y si aparece la asesina? —inquire la médium mirando hacia la puerta del edificio.

La ignoramos y vamos a las escaleras; yo paso de esperar al ascensor. Subimos todo lo deprisa que podemos, hasta que escuchamos unos pasos en la sexta planta. Fred es el primero en reaccionar cuando encontramos a Miriam y a Tom Cot junto al cuerpo de Violeta.

La adolescente, apenas una niña, tiene la cara emborronada de sangre y vemos que un disparo le ha volado la cabeza. Daisy palidece y se echa hacia atrás conteniendo las náuseas. Cas Jones vomita en una papelera inundándolo todo de un aroma ácido nada agradable.

Ni Fred ni yo nos inmutamos ante la visión. Fred avanza directo hacia Miriam con toda la intención de apresarla. Yo le sigo, saliendo al fin del trance en el que había entrado, pero ella se echa hacia atrás, tratando de zafarse de él, y alza las manos.

—¡Eh! ¡Que yo no la he matado! Ha sido él. —Señala al asesino, que alza la barbilla con dignidad—. Lo he visto.

—¿Esperas que te creamos?

—Claro que la he matado —confiesa Tom Cot para sorpresa de todos, incluida Miriam—. Ella había matado al tal Hellman. Ha atravesado una línea que no se debe cruzar.

—¿Cómo...? —No puedo dejar de mirarle asombrada.

Por lo visto Fred está en una situación parecida, pues ha soltado a la escritora y mira de hito en hito a Tom.

—¿Estás hablando de una línea que no se puede cruzar precisamente tú? Eres uno de los asesinos más famosos de la década.

—¿Cómo tengo que decir que yo no he matado a naaaadie? Bueno, si no tenemos en cuenta lo de esta cenutria —apunta con una pistola a la adolescente con desdén y todos nos echamos hacia atrás—, o lo que queda de ella.

Suelta una risita, riéndose de su propia broma.

—Entonces, ¿lo reconoces? —me adelanto armándome de valor, interrumpiendo su estúpida risa.

—Claro. Os he hecho un favor. Ella envenenó el chocolate, me lo confesó con orgullo, porque al parecer estaba «siguiendo mis pasos». Pero no me he cargado a nadie más, si es lo que os estáis preguntando.

En efecto, es lo que justo estaba pensando yo.

De nuevo todos los ojos acusadores se clavan en Miriam que suspira y se apoya en la pared.

—No soy una asesina —dice cerrando los ojos cansada.

—¿Y cómo explicas lo que hay escrito en tu habitación? ¿O las armas?

—Estoy escribiendo sobre los asesinatos, sí. Alguien tiene que documentar todo esto. Es un material buenísimo. Además, no podéis negarme que vosotros también os aprovecharíais de esto si tuvierais ocasión.

—Punto para ella —concede Tom Cot—. Ya os dije que era más lista de lo que parece.

—¿Y las armas? —insiste Fred.

—No puedo explicar eso, aparecen sin más. Es como si este sitio nos permitiera dar forma a nuestras fantasías y, por el amor de Dios, escribo novelas de thriller, lo más normal es que aparezcan armas y no unicornios. Os repito que fuera de la ficción no he matado a nadie.

—Una cosa está clara: ella no ha matado a Violeta, ni a Hellman, y tampoco mató a Dani —interviene Daisy acaparando las miradas—. A Dani lo mató Alex, tuve una visión.

—¿Una visión? —repito con escepticismo, dirigiendo mis ojos a la loca esta.

—¿Y quién narices es Dani? —pregunta el actor, todavía de un color verdoso tras vomitar.

—Soy medium, ¿recuerdas? —responde dándose aires de superioridad—. Quizás no sea de las mejores —reconoce desviando la vista al suelo—, pero este mundo me ha abierto el tercer ojo. Álex era el hijo de Dani, el hombre que encontramos muerto el primero; un hijo no reconocido por su padre. Al verle, Dani, que estaba borracho, pensó que se veía a sí mismo y se atacó. Álex lo mató en defensa propia, aunque tenía el odio arraigado en su interior, no creo que se arrepintiera mucho. —La miramos incrédulos ante esta historia tan fantástica—. Y sé también que al viejo lo mató su mujer.

—¿Y a Álex y Mercedes qué, lista? —me encaro a ella.

Detesto a las personas como Daisy. ¿Una visión? ¿El tercer ojo? A esta el único tercer ojo que se le ha abierto es el del culo. Todos son unos estafadores que buscan sacarnos el dinero aprovechándose del sufrimiento ajeno.

—De eso creo que tú puedes darnos más información. Son muertes similares, por una causa muy conveniente para una enfermera.

Suelto una risa despectiva y me aparto de ella.

—¿Me estás acusando?

—Solo digo lo que todos estamos pensando.

—¿Y si todo es una artimaña para librarte de la culpa?

Se lo digo con rabia. No pienso permitir que esta loca se aproveche de la situación para acusarme injustamente delante de todos.

—No hay que olvidar que él también es médico —señala Cas Jones mirando a Fred con otros ojos.

—Me está pareciendo fascinante cómo os ponéis a jugar a los jueces —dice el asesino guardándose el arma en los pantalones—, pero yo me voy a mi celda.

—Tengo una teoría. —Daisy se sujeta la cabeza con gesto dramático y me dan ganas de matarla de verdad—. Todos los que estamos aquí tenemos instintos asesinos y no nos dejamos sucumbir a ellos en nuestro mundo, pero aquí... Tenemos que luchar contra ese impulso, esta dimensión es como una prueba. Debemos ser fuertes y...

—Deja ya ese papel estúpido, bruja de pacotilla —le suelto, porque no puedo soportar más su verborrea—. Estás loca.

Daisy me mira con los ojos desorbitados, pero he conseguido que pierda credibilidad a

juzgar por la expresión de los demás. El asesino se ha largado como ya ha dicho, Miriam espera al ascensor y Fred, tras tapar el cuerpo con una sábana que coge del estudio de la escritora, se ha ido escaleras arriba.

—Tengo que dejar de ver esto o... —El actor se esfuma escaleras abajo.

—Os arrepentiréis de no escuchar mis palabras. Esto es más grande que todos nosotros. ¡La dimensión espejo juega con nuestros deseos más grotescos!

—Blablablabla —me burlo.

Le doy la espalda y subo hacia mi pequeño apartamento. Ya basta de tonterías por hoy. No he tenido en cuenta que mi piso está en la novena planta y para cuando llego estoy cansada. Tengo que hacer más ejercicio, tengo la forma física de una anciana de ochenta años.

La puerta de mi apartamento está entreabierta y suspiro. Tendré que echar la llave la próxima vez. Estamos todos paranoicos. Apuesto a que han estado hurgando en mis cosas.

Entro y antes de poder hacer nada más una aguja se clava en mi cuello con fuerza. La sorpresa da paso al dolor y después al horror, al comprobar que quien me la ha clavado, con los ojos inyectados en sangre y la boca llena de espuma, es Daisy.

—Prueba tu propia medicina, zorra.

Tom Cot

Tiro la pistola de mala manera contra la pared de la celda. Solo tenía una bala. Pero no me arrepiento de haberla utilizado. Sin embargo, ¿cómo me defenderé ahora de esta panda de desquiciados?

Miro el arma, sentado en el camastro. Aunque nunca he matado a nadie, es cierto que alguna vez he fantaseado con hacerlo. Empuñar una pistola y disparar. Justo como acabo de hacer. Y no me disgusta la sensación, pero yo jamás he cruzado esta línea. Todo es culpa de la niñata esa que no entendía mi trabajo.

Dirijo los ojos al lavabo, donde antes había un espejo. Al menos, antes de despertarme aquí.

La dimensión espejo. Una prueba. O quizás un juego.

Me paso la mano por el pelo sucio.

Un juego en el que solo uno puede salir victorioso y salir vivo de aquí. Si no, ¿por qué no hay más gente con nosotros? ¿Por qué no podemos salir de aquí? Cuando quede uno, se abrirá una puerta.

Y yo soy el más indicado para sobrevivir. Tengo que continuar con mi trabajo. El mundo necesita al asesino del ahorcado. Nunca me ha gustado este apodo. Intenté poner de moda «el maestro del ahorcado», pero al parecer nadie comprende la realidad.

Me levanto y recojo la pistola. La verdad es que me parece muy impersonal. Si tengo que librarme de los demás, creo que ella no es mi estilo. Me gusta poner el corazón en lo que hago. Así surgió el juego del ahorcado.

Sobre la cama se materializa una cuerda.

Sonrío.

Es perfecta. No es una muerte instantánea ni fría. Así las víctimas tienen tiempo de arrepentirse de sus actos mientras abrazan el otro lado.

La cojo, la tenso varias veces disfrutando del sonido y salgo en busca del primero, silbando, alegre. En la sexta planta escucho voces. Donde el cadáver de Violeta. Me asomo con discreción y veo al forense, a la médium y a la escritora. Están discutiendo, echándose los muertos unos a otros, amenazándose con armas dispares: un bisturí, una jeringuilla — que no me pega nada con la loca de las visiones— y una escopeta que me pregunto si Miriam sabe usar.

—¡Tenemos que trabajar juntos! —dice Daisy.

—¿Cómo vamos a hacerlo si no podemos fiarnos unos de otros? —replica Miriam.

—Solo puede sobrevivir uno, lo sabéis tan bien como yo.

Al parecer, Fred ha llegado a la misma conclusión que yo. Iré en busca de la enfermera, si no está con ellos, al igual que el actorucho, es porque estará escondida. Creo recordar que su vivienda estaba en la novena planta.

Me llevo una gran desilusión al ver que alguien se me ha adelantado. No estoy seguro de cómo ha muerto, no veo ninguna herida ni marcas físicas. Me pregunto quién lo habrá hecho. Es un asesinato limpio.

Me gusta.

Tendré que ir a por Cas Jones entonces. Desciendo en silencio. Al pasar por el sexto piso, los encuentro todavía discutiendo. Espero que no se alarguen mucho. Quiero terminar y salir de aquí cuanto antes.

Bajo hasta la quinta, y antes de que me dé tiempo a nada, siento un paño húmedo en la cara y mi visión se oscurece.

Al despertar, me veo atado al cabecero de una cama de matrimonio con mi propia cuerda. Cas Jones está delante de mí, sentado, jugueteando con una caja de cerillas. Enciende una y la observa hasta que la llama se extingue.

—¿Qué crees que estás haciendo?

—Lo mismo que ibas a hacer tú. Cómo será que he hecho tan bien mi papel de ti que ya sé hasta cómo piensas.

Me río sin poder evitarlo.

—Eres un actor de mierda que no ha sabido captar el mensaje de lo que hago. En esa estafa a la que llamáis película basada en hechos reales me ponéis como un despiadado asesino que mata con sus propias manos.

—¿Y si no eres un asesino, qué eres? —pregunta encendiendo otra cerilla que sostiene delante de sus ojos.

—Me gusta llamarme maestro. Doy segundas oportunidades, enseño a no cruzar la línea y libro al mundo de abusones que no merecen vivir.

—Eres un altruista. ¿Sabes? —Se levanta—. Desde que interpreté tu papel me pregunté cómo sería estar en tu piel, cómo sería arrebatar una vida que...

—¡Yo arrebato ninguna vida!

Me revuelvo tratando de librarme de la cuerda, pero este inútil ha sabido atarme muy bien.

—Bueno, sí, ya me entiendes. Obviamente en una situación normal no me atrevería a probarlo. Pero dado que no estamos en una situación normal ni en nuestro mundo... quizás... Y, bueno, en caso de que todo esto sea real, habré librado al mundo de ti.

Desaparece por una puerta que veo que da a un baño y al poco aparece con un bidón de lo que imagino que será gasolina.

—¿Tan mierda eres que ni siquiera serás capaz de matarme con tus propias manos?

—Siempre me ha apasionado el fuego. Desde pequeño me gustaba quemar cosas y ver cómo se rendían a él. ¿Sabes que hasta llegué a incendiar mi colegio? Fueron buenos tiempos.

—Y yo que pensaba que la loca de atar era la médium.

—Resulta irónico que el asesino del ahorcado me llame loco a mí.

Empieza a echarme gasolina por encima. Odio el olor. Arrugo la nariz con desagrado. Vuelvo a tirar de la cuerda, sin éxito.

Creo que no voy a poder escapar. Solo espero que alguien, y no una estúpida como Violeta, continúe con mi trabajo.

Quizás debería habérselo mostrado a la escritora. Si sobrevive ella, podría transmitir mi legado.

Cas Jones enciende la última cerilla y me mira con una sonrisa desquiciada.

—¿Unas últimas palabras?

—Nos vemos en el infierno.

Las llamas me nublan la visión y el dolor atroz provoca en mí gritos inhumanos.

Daisi

Una prueba. Tendría que haberlo imaginado. Han sido demasiados años estafando a la gente y, aunque es cierto que aquí sí tengo un don real, lo que he hecho gran parte de mi vida ha sido engañar a otras personas. No es tan malo como parece, a veces la gente que acude a mí solo quiere hablar y escuchar mi consejo. Claro que también fui causante de dos muertes, pero no de forma directa. Solo le di a un chico un mensaje de su padre muerto — que me inventé—, y eso le llevó a matar. No mucho después el chico en cuestión se suicidó. Pero estaba fatal de la cabeza, le hubiera podido pasar a él solo.

«Eso no importa en esta maldita dimensión, Daisi».

Me lo tengo que repetir varias veces, porque aún me cuesta creer estar encerrada con un montón de pirados que no hacen más que matarse entre sí. La clave es el trabajo en equipo, pero no puedo fiarme de esta gente. Seguro que aprovechan la mínima ocasión para deshacerse también de mí.

En mi piso encuentro un cuchillo jamonero, no sé si es muy inteligente que este mundo me dé un arma como esta. Seguro que si llega el momento no puedo ni usarla, pero es mejor que nada.

Necesito salir de aquí, así que me dirijo al hall a toda prisa, evitando encontrarme con nadie. Pero la alarma de incendios atrae mi atención y voy escaleras arriba. El olor de carne quemada me hace echarme para atrás, y entonces veo a Cas Jones salir por una puerta que no sé a quién pertenece.

—¿Qué ha...?

—Este inútil ha prendido fuego a la habitación —señala el actor dejando caer un extintor a su lado—. Menos mal que hice una formación hace algunos años.

—Entiendo, ¿está...?

—Muerto, sí.

Suelta una carcajada que me hace estremecer. ¿Qué le parece tan gracioso de que alguien esté muerto? ¿Y a quién se refiere? ¿La escritora, el asesino o el forense?

—La verdad es que no es una gran pérdida. Nadie llora nunca la muerte de un asesino.

Vale, me queda claro que hablamos de Tom Cot. Se me seca la boca al comprender bien y atar cabos. Está diciendo que el asesino ha provocado un incendio, pero como ya me ha pasado en más ocasiones, un leve dolor atraviesa mi cabeza y llega la visión.

Veo con claridad cómo Cas Jones deja inconsciente a Tom Cot, lo arrastra a esta estancia y le ata. También le veo reír mientras enciende una cerilla tras otra y se burla de él. Cuando acaba, caigo de rodillas. Estas visiones van a acabar conmigo. ¿Cómo lo hace la gente que de verdad tiene que vivir con este don?

—¡Daisi! ¿Estás bien?

El actor se acerca, pero yo me pongo en pie de un salto y salgo corriendo hacia las escaleras. Lo que menos necesito es que ese guaperas me mate también. Vete tú a saber qué intenciones tiene.

Y, aunque se supone que no va a servir de nada, corro y corro atravesando la puerta del hall y perdiéndome en esas calles que tan bien conozco y que tan ajenas me resultan.

Miro a mi alrededor. No hay nadie, solo edificios iguales. Dejo de correr un instante porque estoy agotada, mis pulmones arden y mis piernas piden clemencia. Cuando vuelvo a abrir los ojos, frente a mí está el portal del que he salido disparada. Entro con la esperanza de que no sea el mismo, que mis ojos me estén engañando, pero no. Es él, con su enorme espejo al fondo, los ascensores, los cómodos sofás y las mesitas de cristal. Doy un puñetazo a una de ellas que se hace añicos, clavándose en mi puño.

—Joder, duele más de lo que parece.

Me quito el pañuelo que llevo en el cuello y me lo anudo en la mano. Tiene que haber una salida. Tiene que haberla...

«¿Y si solo hay una forma de volver a la realidad?».

Un pensamiento se abre paso y una vez aparece, ya no puedo pararlo. Todos hemos sucumbido de algún modo a nuestro instinto asesino, puede que ya estemos condenados. Pero ¿y si los que mueren han regresado al mundo real? ¿Qué pierdo por intentarlo? Cuando maté a Helga yo misma me condené. Sea lo que sea este sitio no he superado su prueba, ¿por qué no intentar esa medida desesperada?

Voy hacia el ascensor y le doy al último botón con frenesí. El corazón me late a toda prisa. Tengo que hacerlo antes de echarme atrás. La lucecita del ascensor se va iluminando piso a piso, hasta que se abre y veo un rellano pequeño y oscuro, frente a una puerta de emergencia que da a la azotea. Está entreabierta, lo que me sorprende. Puede que no sea la única que ha pensado en esta opción.

No me detengo a buscar quién ha sido, sino que me acerco al borde. Tengo que subir y dejarme caer, solo eso. Pero el temblor se apodera de mi cuerpo y me doy cuenta de que no voy a ser capaz. Es un edificio de doce plantas, puedo ver esta ciudad fantasma intrigante extendiéndose a mi alrededor.

Solo nosotros. Los que quedamos vivos. ¿Qué es este otro lado? ¿Y por qué este mundo me ha mostrado la verdad sobre los demás? Me ha dado visiones de sus fantasías, de sus crímenes, de sus deseos más oscuros...

Me pongo de pie en la cornisa y respiro el aire. A esta altura la muerte será rápida. Trago saliva y entonces oigo un carraspeo a mi espalda que por poco me hace tropezar. Recupero el equilibrio de una forma que seguro que es ridícula y me hace saber que no estoy segura de mi decisión.

El forense me observa con las manos en los bolsillos.

—No pretendo incomodarte.

—Quiero hacer esto sola.

—¿Por qué?

Miro una vez más hacia la muerte segura que se extiende a mis pies antes de fijar los ojos en su rostro sereno.

—Quizás sea la salida. Morir y despertar al otro lado.

—O quizás encuentres el final.

—De todas formas ya estoy perdida. Este lugar nos pone a prueba, conoce nuestras fantasías más oscuras y nos da los medios para llevarlas a cabo. Y todos hemos caído.

—Yo no.

Doy un paso atrás, acercándome otra vez a la cornisa.

—Tuve que hacerlo. Con la muerte de su padre sobre sus hombros, Álex se hubiera convertido en un monstruo. —Parpadeo para apartar las lágrimas—. Helga ya lo era. Y el haber cedido a la oscuridad en este lugar solo la llevaría a hacerlo al otro lado, con los pacientes.

Me siento un poco más ligera gracias a esta confesión. No me enorgullezco, y si salgo de aquí será una carga que arrastraré toda mi vida, pero tampoco me arrepiento.

—Márchate —le ordeno.

—No voy a hacer eso. Voy a disfrutar de este espectáculo. —Se cruza de brazos—. Adelante, tírate. Quiero ver qué pasa después.

—¿Estás loco?

—No soy yo quien está en una cornisa temblando como un flan. Hazlo y acaba con tu sufrimiento.

—¿No se supone que deberías disuadirme?

Fred rompe a reír a carcajadas, tanto que se dobla hacia delante sujetándose la tripa. Estoy a punto de bajarme y darle un tortazo. ¿De qué se ríe el muy imbécil? ¿Es que están todos locos o qué?

—Está claro que tenemos que matar a los demás para salir vivos de aquí. Solo me estás facilitando el trabajo. Así no me ensucio las manos contigo.

—No has escuchado nada de lo que he dicho. No debemos sucumbir a nuestros deseos de sangre. Y si lo logramos, hallaremos otra salida.

—Puede. —Mira tras de mí—. Desparramar tus sesos en esta dimensión puede que te devuelva a la realidad, como en un sueño. —Le miro sorprendida. Quizás él también se lo haya planteado, y por eso esté aquí. Aparto esos pensamientos al ver su expresión de locura cuando continúa—: Si así sucede, me habrás dado la forma de salir de aquí, limpiarás tu alma y yo no tendré que matar a nadie. Todos ganamos.

—Piensas usarme como conejillo de indias.

—Estamos atrapados, Daisi.

No quiero mirarle, ni escucharle. Las visiones han regresado y esta vez me muestran imágenes grotescas de cuerpos destripados. Cabezas reventadas. Mi estómago se revuelve, sé que todo forma parte del trabajo de Fred. Alguien que se ha acostumbrado a la muerte. Que ha fantaseado con atravesar el cuerpo de las personas con un bisturí mientras aún viven. Quiere saber qué se siente. Solo es cuestión de tiempo que satisfaga sus deseos. Como todos nosotros.

Quiero que pare. Que estas imágenes se detengan. Me estoy volviendo loca. Y cuando las voces se suman no puedo evitar gritar de frustración. Es como si un montón de personas me hablaran a la vez y todas estuvieran encerradas en mi cabeza.

—¡Silencio! ¡¡¡Silencio!!!

Grito desesperada. Fred rompe a reír de nuevo y su voz resuena sobre todas las demás canturreando:

—¡Tírate, tírate, tírate! ¡¡¡Tírate de una maldita vez, estafadora!!!

No llego a tomar la decisión, pues resbalo y caigo al vacío. Lo último que escucho son las carcajadas cada vez más fuertes del forense mientras me observa.

Cas Jones

Me dejo caer en una butaca. Noto cómo Miriam se tensa a mi lado. Nos hemos encontrado y hemos decidido permanecer juntos en su estudio. Le he contado —dejando detalles para mí— que el asesino está muerto. De Daisy y Fred ninguno sabemos nada. Ambos coincidimos en que ella no parece muy cuerda ahora mismo, y él podría darnos una muerte fácil sin que nos diéramos cuenta. Así que es mejor una alianza que nos cubra las espaldas.

Por el momento.

A su lado hay una pila de libros con los títulos al revés. Es difícil entretenerse en un mundo donde las televisiones no suenan y los subtítulos están al revés. Ella está leyendo, algo que no encuentro nada cómodo. Mientras, yo vigilo la puerta armado con la pistola de Tom Cot. No tiene balas, pero eso nadie lo sabe.

Ella, sin embargo, lleva una espada que ahora descansa sobre su regazo. La miro con atención.

—¿Sabes usarla?

Las mujeres nunca me han resultado difíciles. Pero, claro, nunca he estado con ellas en una realidad asesina donde debo matar a los demás, o eso es lo que parece. No soy un asesino, pero mentiría si dijera que la sensación de poder no ha despertado algo dentro de mí.

Es como un animal dormido. Sé que en el mundo real jamás haría algo así.

«Porque en el mundo real irías a la cárcel, que si no...».

Este pensamiento me perturba más de lo que me atrevería a reconocer, porque es cierto.

—Con que corte, es suficiente. Y está bien afilada, lo he comprobado —responde sin levantar los ojos de la lectura.

Escucho algo en el exterior. Ambos intercambiamos una mirada y asentimos. Miriam deja el libro y el espejo y se incorpora empuñando la espada.

—¿Por qué esa arma de todas las que tienes en tu estudio? —inquiero imitándola.

—En el primer libro que escribí, el asesino mataba a sus víctimas con ella. El Asesino de la Espada.

Nunca me ha emocionado eso de la lectura. Es mil veces mejor ver una película, disfrutar de los efectos especiales que la imaginación no puede aportar. Hubo una actriz que me comentó que entonces me estaba perdiendo buenas historias. Alegué que no serían tan buenas si no estaban en la gran pantalla.

La puerta se abre y aparece el forense, que levanta las manos al vernos.

—No vengo a haceros nada. Os estaba buscando. Solo quedamos nosotros.

Ni Miriam ni yo bajamos las armas.

—Eso no dice mucho a tu favor —expone ella.

—Tienes razón. Acompañadme al vestíbulo, allí hablaremos mejor y con más distancia unos de otros, si es lo que queréis.

—¿Cómo sabemos que no es una trampa?

Me mira ofendido.

—Sois dos y yo solo uno. ¿Qué crees que podría haber montado en tan poco tiempo contra vosotros?

—Qué sé yo. ¿Un explosivo?

—Claro, para matarme a mí también. —Pone los ojos en blanco.

—Yo iré delante —se ofrece Miriam—. Y tú —me señala— irás tras él. Si intenta algo...

—Le vuelo la cabeza de un disparo. Oído cocina.

Veo cómo ella se estremece ante mi comentario, pero no dice nada más y sale con Fred siguiendo sus pasos.

Los sigo intrigado. Tengo curiosidad por lo que quiere contarnos o enseñarnos el forense. Hasta ahora ha sido el único que ha sabido mantener la mente fría. Quizás tenga información que me sea útil.

Miriam se coloca de espaldas a la puerta de salida. Imagino que con intención de salir otra vez corriendo si la situación se tuerce. Yo lo hago donde los buzones, desde donde tengo una buena perspectiva tanto suya como del forense, que se ha quedado en el corto pasillo que lleva a los ascensores. Abre la boca, pero la escritora le impide hablar.

—¿Y Daisy?

—Justo detrás de ti.

Nuestros ojos se clavan en el exterior y ven un cuerpo estrellado contra el suelo en una postura imposible. Me entran arcadas y retiro la mirada. No sé cómo el forense tiene estómago para estas cosas.

—¿Qué le has hecho? —Le apunto con el arma, no voy a confiar en él.

—Quiso lanzarse ella. Estaba atormentada por haber acabado con la vida de Álex y la de Helga. —Nos relata brevemente lo que la médium le había contado—. Decía que ya estaba perdida, y que la muerte era la única salida. Bien para salir de aquí, bien para acabar con la culpa.

Nos quedamos en silencio unos instantes. Dudo mucho que la muerte sea una salida. No hay más que ver los cuerpos que hay por el edificio.

—¿Por qué nos cuentas todo esto?

—Si salimos, tendremos que documentar lo sucedido aquí, aunque sea en forma de novela. —Mira a Miriam con una sonrisa que da escalofríos—. Creo que es bueno que nos sinceremos todos de una vez. Todos estamos aquí porque alguna vez hemos fantaseado con matar. Y Daisy tenía razón, esta dimensión pone a prueba si esas fantasías son algo que solo pertenece a nuestra imaginación, o seríamos capaces de cruzar la línea al suponer que esto no es real o no hay salida.

—¿Y qué pasará si no hacemos nada? ¿Saldremos de aquí? —pregunta Miriam, esperanzada.

—Creo que no lo has entendido. Solo puede quedar uno vivo. Si no, ¿por qué traernos aquí precisamente a nosotros?

—Pues por lo que dijo Daisy, para ponernos a prueba.

—¿Y eso por qué? —intervengo.

La mujer se encoge de hombros. Muchas preguntas y pocas respuestas. O salimos vivos los que no hayamos matado a nadie —en cuyo caso no me auguro un buen futuro— o Fred tiene razón y es algo así como unos juegos del hambre, como en esa película que dejaba tanto que desear —y es que no había quién se la creyera—.

—Podemos salir juntos de aquí si no hacemos nada —repite ella.

—Tarde, todos estamos ya condenados. —Un brillo de locura atraviesa la mirada de Fred.

—Yo no.

—Todavía. Pero él sí. Y si por salvarse tiene que matarte, lo hará.

Me está mirando a mí.

—No sé de qué hablas.

—Ya lo creo que lo sabes. Tom Cot no ha muerto solito. Estaba atado a la cama. Y puesto que la médium no ha sido...

—¿Y ella? Había gasolina en su estudio —acusó con tal de desviar la atención del loco este.

—¡Solo soy escritora! No fantaseo con matar a alguien.

—Por algo estás tú también aquí.

—¿Y él qué? —Miriam señala con la cabeza a Fred y se dirige a él—. Has confesado ser culpable también. ¿Le has matado tú? ¿O a Daisy?

El forense nos dedica una sonrisa demente.

—No he matado a nadie. Vi cómo Daisy se tiraba, eso es todo.

—Si no hiciste nada por ayudarla, es como si la hubieras matado tú —apunta ella.

Él se encoge de hombros. No lo niega.

Así que solo la escritora ha evitado sus instintos, esos que dice no tener. Pero sé bien que los que aparentan ser inofensivos son los peores.

Por el rabillo del ojo veo a Fred sacar un bisturí. Muy original.

Un leve estruendo y una puerta me indican que Miriam ha salido huyendo.

«Mierda».

Donde estaba ella, ahora está la espada.

El forense y yo nos miramos con fiereza. Solo puede quedar uno. Se lanza a por mí con un alarido y le esquivo. Sin nada más a mano, le tiro la pistola a la cara, que se le estrella en la nariz, provocándole al momento un buen sangrado. Se queda de rodillas y yo lo aprovecho para correr hacia las escaleras. Alcanzo el primer piso, pero continúo. Debo encerrarme en mi dúplex y pensar qué hacer.

Cuando solo me queda un tramo por subir, escucho pasos que me siguen. Me pongo tan nervioso que me sucede eso que solo pasa en las películas al personaje más tonto de todos: me tropiezo y me doy un buen golpe. La vista se me emborrona, veo una mancha humana delante de mí con un brazo demasiado largo.

No, es la espada.

La escritora. Habrá matado a Fred aprovechando mi golpe y ahora viene a por mí. La mosquita muerta. Me arrastro hasta el rellano. En mis manos se clava algo. No sé qué es, cristales, cerámica. Da igual, me hago con un trozo y lanzo estocadas a diestro y siniestro. Un alarido de dolor me indica que le he dado. Aún sin ver bien y con un grito de guerra, me lanzo a por mi contrincante. Caemos escaleras abajo, apuñalo con mi arma improvisada desgarrando la carne que palpo ante mí, hasta que mi corazón es atravesado con fiereza.

Fred

Este desgraciado me ha seccionado la vena carótida. Como no encuentre una solución, calculo que me quedan unos quince minutos de vida, dieciocho si tengo suerte.

Me arrastro escaleras abajo, haciendo presión en la herida. Tengo que encontrar a Miriam, solo ella puede ayudarme. En casa tengo hilo y aguja; uno nunca sabe cuándo puede necesitarlos.

Al llegar al vestíbulo, me quedo sentado en el último escalón. Llevo la mano libre a la nariz. Esa hemorragia al menos ya se ha cortado. Pero el dolor...

Ahí está ella, con la pistola, mirándome indecisa. No me está apuntando, tiene el brazo caído a un lado del cuerpo.

—No soy una amenaza ahora mismo.

Ella ladea la cabeza.

—Como escritora de thriller, he aprendido a no fiarme de las apariencias.

Suelto una carcajada cansada que se transforma en tos.

—Esa pistola no tiene balas. Si las tuviera, el actorucho no me la hubiera tirado a la cara y yo estaría ya muerto.

Un clic confirma mis palabras. La tira a un lado y se cruza de brazos.

—Me necesitas.

Suspiro antes de responder.

—Salta a la vista. Tendrás que subir a mi casa a por instrumental para cerrarme la herida. Y rápido.

—Yo te curo, y tú luego acabas conmigo.

Cambia el peso de una pierna a otra.

—Si logras salvarme, estaré débil durante horas, puede que días. Puedes atarme para asegurarte de que no te haré nada.

No me gusta la idea, pero con mi vida en juego...

—Está bien. Dime qué es lo que debo coger.

Le hago una breve lista que memoriza. Se dirige a los ascensores y va hasta la octava planta. Mientras, me arrastro hacia el espejo. Como es de cuerpo entero, podré ver lo que hace y guiarla mejor. Me quedo apoyado en la esquina, a la espera.

Dicen que cuando estás a punto de morir, toda tu vida pasa ante tus ojos. Quizás sea en el último minuto. Lo único que viene a mi cabeza ahora mismo es mi trabajo. Antes lo adoraba. Me fascinaba abrir cuerpos y no saber qué me iba a encontrar en ellos. Pero no era como había imaginado, como esas series policíacas en las que el forense ayuda a resolver un asesinato porque encuentra algo extraño en los órganos. Solo hacía autopsias a viejos que habían tenido una muerte natural, personas que habían sufrido un accidente o gente que había muerto en operaciones en el hospital, para evitar acusaciones por negligencias médicas.

Cuando la monotonía pudo conmigo fue cuando empecé a imaginar cómo sería abrir un cuerpo vivo. En un principio pensé que me había equivocado de especialidad, y que lo mío

quizás sería ser cirujano. Pero al final, aunque un cirujano abre cuerpos vivos, estos están dormidos y casi parecen muertos.

No. Experimentar el sufrimiento de alguien cuyo dolor está en tus manos me hizo imaginarme poderoso. Un poder al alcance de criminales únicamente.

Espero no morir sin haber podido vivirlo. Aunque sea aquí y no en nuestro mundo. Quizás sea lo mejor. Si vuelvo, no podré ser acusado de asesinato. Nadie sabrá nada.

No he tenido tiempo de saborear la muerte de Cas Jones. Todo ha sido muy rápido. Solo me queda ella.

Me palpo el bolsillo del vaquero. El bisturí sigue en su sitio.

La sangre empieza a escaparse entre mis dedos. Espero que la boba esta no tarde mucho.

Cierro los ojos y al poco escucho uno de los ascensores. Está bajando. Todavía queda esperanza para mí.

Sin embargo, cuando sale y la miro, veo que trae las manos vacías. Salvo por la espada.

—En el octavo piso están todas las puertas cerradas. Necesito las llaves.

Mis ojos se abren por la sorpresa. Es cierto, cerré por precaución. Cuando me di cuenta de que no conocía el edificio, pensé que era lo mejor. Con la mano libre hurgo el resto de bolsillos. Pero no llego bien a los traseros.

—Deja que te ayude.

Se agacha y recorre cada bolsillo con sus manos. Antes de que pueda detenerla, saca el bisturí que aleja de mi alcance.

—Veo que ya tenías claro qué hacer en cuanto te hubiera ayudado.

—No adelantes acontecimientos —replico con voz cansada.

Resopla y se lo guarda. Luego se incorpora.

—No tienes las llaves. ¿Hay algo que pueda hacer para ayudarte sin el instrumental?

—Necesito un trozo de tela, lo más limpio posible.

Mira alrededor, y al no ver nada, se quita la chaqueta. Le doy indicaciones de cómo ponerla y que sea ella la que siga haciendo presión. Duele, pero hasta que piense en otra solución...

—¿No tienes un costurero en tu estudio? —Niega. ¿Qué persona no lo tiene?—. Los viejos —digo de repente. Ella me mira sin comprender—. Mercedes hacía ganchillo. Tendrá aguja e hilo.

—¿Servirá?

—Tendrá que hacerlo. Es mi única oportunidad.

Noto que ya me cuesta respirar, y hablar. Hasta pensar. Coge mis manos y las pone sobre la chaqueta para que continúe haciendo presión. Miriam se apresura a llamar al ascensor y entra corriendo en él.

—Aguanta.

En cuanto dejo de escuchar el ruido de la máquina, cierro los párpados y me dejo abrazar por la oscuridad.

Y sé que no volveré a despertar.

Miriam

Al regresar, encuentro a Fred desmayado. O...

Me agacho y le tomo el pulso. Todavía está vivo.

—¿Fred?

Le abofeteo la cara, pero no despierta. Suspiro y miro el hilo y las agujas. He leído mucho sobre temas médicos, curar heridas y demás, para documentarme bien. Pero una cosa es leerlo y otra muy diferente hacerlo. Sin embargo, debo intentarlo.

Voy a lavarme las manos y coger agua y empiezo la tarea.

No me resulta agradable, atravesar su piel con la aguja me provoca arcadas. Tiro bien y parece que la herida cierra, aunque hay un leve goteo. Trato de cerrarlo también y vuelvo a colocarle la chaqueta. Más no puedo hacer. Me dirijo a las escaleras.

En el exterior veo el cuerpo de Daisi. Retiro la mirada al momento y voy a mi piso. En cada rellano, pienso en las vidas que yacen en ellos. Desde un niño a un matrimonio de ancianos. Todos con algo en común: instintos asesinos.

Y yo no me quedo atrás.

Llego a mi estudio, me quito la sangre de las manos y cojo todo lo escrito hasta ahora. No tengo ganas de ponerme en estos momentos. Lo apunto rápidamente en una hoja que uno a las demás y bajo bien abrazada a ellas. Sé que no es muy ético haber escrito sobre todas estas muertes, y que esto solo me servirá para lucrarme, pero lo necesito. Llevo más de un año con bloqueo escritor. No he sido capaz de pasar más allá de la primera página, que he reescrito tantas veces que he perdido la cuenta. Y mi editor ha empezado a amenazarme con demandarme. Tenemos un contrato y lo estoy incumpliendo.

Por eso estoy aquí. Las noches que me daba a la bebida, a la espera de que cayera una buena idea del cielo, bromeaba conmigo misma con asesinar a varias personas y dar forma a una nueva historia. Fantaseaba con el crimen perfecto. El asesino en serie perfecto. Y me imaginaba cómo sería dar muerte a alguien.

Al día siguiente la resaca me hacía ver las estupideces que había llegado a plantearme.

Vuelvo al vestíbulo, esta vez en el ascensor, y con todas las hojas pegadas al pecho, me miro en el enorme espejo.

Todos aquí se han atrevido a hacerlo, a llevar a la realidad esas oscuras fantasías. Estamos al otro lado... ¿de dónde? ¿De los espejos? Existe un mundo, un lugar, una dimensión que sirve para... ¿para qué?

Ladeo la cabeza sin dejar de mirarme.

—¿Para castigarnos? —musito—. ¿Ponernos a prueba? ¿Sacar a nuestro verdadero yo?

Mi voz recorre el lugar lleno de muerte y siento un escalofrío. Estoy sola. O casi sola. Miro al forense por el rabillo del ojo. Sigue con los ojos cerrados y percibo que respira con dificultad.

¿Cómo puedo salir de aquí? ¿Tengo que esperar a que muera? Me muerdo el labio y esta vez le miro directamente. A lo mejor tenían razón y solo uno puede salvarse.

Pero no.

Me alejo de él unos pasos.

No estoy dispuesta a acabar con su vida. Tal vez no pueda hacer más por él, pero me quedaré a su lado. Cuando despierte puede darme instrucciones. Todavía queda esperanza para él, aunque no pueda decirse lo mismo de su alma.

Una campanada lejana marca la una. Miro el reloj. No es la una, así que no sé qué marca ese sonido. Pero no pienso averiguarlo, tengo que quedarme junto a él.

Al ir a apoyar el hombro contra el espejo, casi pierdo el equilibrio. Todos los papeles vuelan al suelo en una vorágine desordenada cuando utilizo las manos para no caer.

¿Qué ha pasado?

Es como si no hubiera llegado a tocar el cristal, pero está aquí, delante de mí.

Lo miro inquieta. ¿Es posible...?

Levanto una mano temblorosa y suelto un gemido cuando atraviesa el espejo. Como si no hubiera nada.

La salida.

—Para ser escritora, has hecho un buen trabajo.

Doy un respingo al escuchar la voz de Fred desde el suelo. Ha apartado la chaqueta y observa mi trabajo. Pero sigue sangrando. Él está pálido y sudoroso.

—Aguenta —me acerco a él, aunque no me agacho—, he encontrado la salida.

Abre mucho los ojos con un brillo de esperanza, y creo que algo de miedo.

Repito la acción de antes y suelta un silbido de sorpresa cuando ve cómo mi mano atraviesa el cristal y desaparece tras él. Gira la cabeza a su izquierda y me imita. Pero él topa con una barrera sólida. Golpea el espejo con las pocas fuerzas que le quedan y me mira descompuesto.

Ambos comprendemos a la vez la situación.

—Podrá volver al otro lado quien no se haya dejado llevar por sus fantasías más oscuras —expreso en voz alta lo que estamos pensando.

Me apresuro en recoger los folios y Fred se arrastra hasta mí.

—No irás a dejarme aquí, ¿verdad?

Ahora sus ojos muestran una locura que me da miedo. Ya la vi antes, cuando fue a por Cas Jones y a por mí.

—No puedes venir conmigo, ¿qué quieres que haga?

—Si me abandonas es omisión de socorro. Es un delito. —Me quedo parada, indecisa—. Me estarías dejando morir. Eso no te diferenciaría de todos nosotros.

Me muerdo el labio y giro la cabeza hacia el espejo, hacia mi oportunidad de salir por fin de este infierno. No quiero vivir con esta carga. Solo quiero volver a mi vida normal, lanzar otro libro y disfrutar de la gira. ¿Es mucho pedir?

Me acucillo frente a él.

—Está bien. Dime cómo puedo salvarte la vida.

Y en su expresión veo la verdad. Sin ayuda profesional, está condenado. Aquí no vendrá nadie para curarle y darle la atención que necesita. Yo no dispongo de instrumental ni otros medios.

—Voy a por agua, te vendrá bien. —Le digo dejando los papeles en el suelo.

Asiente con la cabeza mientras le ayudo a sentarse bien, como antes.

En el piso de los ancianos cojo, además, una manta y un cojín, aparte de una jarra de agua. También un libro de Sherlock Holmes. Antes de salir veo La Biblia. La cojo también,

por si acaso.

Fred me mira confuso al verme llegar con tanta cosa. Ignoro sus preguntas silenciosas, le tapo y le coloco el cojín para que esté más cómodo. Dejo los dos libros a su alcance y le ayudo a beber. Luego le dejo el vaso servido y la jarra también cerca.

Vuelvo a coger mi manuscrito y me alejo dos pasos.

—No... ¿¡Vas a dejarme aquí, maldita zorra!?

—Sabes mejor que yo que no puedo hacer nada por ti. Créeme que si pudiera me quedaría.

—¡Mentira! —Suelta espumarajos por la boca—. ¡Eres como nosotros! ¡Me estás matando!

Ojalá pudiera taparme los oídos. Sé que estas palabras me acompañarán por siempre, y con ellas, la culpa.

—Lo siento... —susurro.

Le veo coger el vaso con intención de lanzarlo. Arqueo una ceja. Sabe que lo puedo esquivar fácilmente. Pero entonces soy consciente de sus verdaderas intenciones. No lo está dirigiendo hacia mí, sino hacia el espejo.

Suelta un grito rabioso y lo tira con toda la fuerza de que es capaz.

Yo me lanzo contra el espejo con los ojos cerrados, rezando porque sea realmente la salida y no otro terrible lugar que vuelva a ponerme a prueba.

Carlos Gutiérrez

Sigo mirando la escena del crimen, estupefacto. Hemos acordonado la zona y estamos esperando a los especialistas. Mi compañera Leire niega con la cabeza, sin poder creer lo que ven sus ojos. Y no es para menos.

Hemos recibido un aviso a primera hora de la mañana para venir a la Plaza de los Espejos. Es un lugar muy curioso, una especie de Stonehenge hecho con espejos gigantescos. Todavía no me creo que los críos no se lo hayan cargado. La verdad es que es una plaza bonita, sobre todo al atardecer cuando refleja la luz del sol por todas partes.

Ahora es el lugar más grotesco que he visto jamás. En los espejos aparte de la luz de la mañana, se refleja la sangre de los cuerpos que reposan frente a cada piedra. He tenido que respirar hondo para no vomitar el desayuno al percatarme de que una de ellas parecía haberse estampado desde un octavo piso. Sus sesos se reparten a su alrededor y, por fortuna, ya me he acostumbrado a esa visión. Otro está calcinado y apenas se podrá saber quién es, habrá que esperar a los análisis de ADN.

Me acerco a Leire que está agachada frente a un cuerpo que reposa hecho un ovillo en el centro, abrazándose a unos folios.

—¡Está viva! —exclama antes de que llegue junto a ella.

Repaso el informe que tengo frente a mí y suspiro. Sé que en la sala de interrogatorios sigue Miriam Ikane, a la que no podremos retener durante mucho más tiempo ante la ausencia de pruebas. Leire, sentada a mi lado, teclea en el ordenador con frustración.

—¿Cómo es posible que desaparezcan doce personas durante toda una noche y aparezcan de la nada muertas en extrañas circunstancias?

Es algo a lo que he dado muchas vueltas durante las últimas horas. Catorce horas desaparecidos en diferentes puntos del país. Personas que no tienen nada que ver entre sí, entre ellas el asesino del ahorcado.

—Esto no tiene ningún sentido —digo, aunque es algo que he repetido demasiadas veces.

—Estoy segura de que ella ha tenido algo que ver. No me trago eso de que no recuerda nada. Ha aparecido con once cadáveres a su alrededor, por el amor de Dios.

—Sabes tan bien como yo que no tenemos ninguna prueba que la vincule con esto. Necesitamos más para detener a alguien o para retenerla más tiempo aquí.

—Vamos a interrogarla.

Asiento. No tengo ningunas ganas. Vamos hacia la sala donde está retenida y me detengo a observarla durante un momento. Parece tranquila, pese a la situación en la que está. Esa actitud podría hacerla parecer más sospechosa, aunque tal vez solo sea una víctima más y esté en estado de shock. Sea como sea, solo ella tiene las respuestas.

Leire entra primero y yo la sigo. Dejo mi libreta y la carpeta del caso en la mesa mientras Miriam se incorpora en la silla y apoya las manos en su regazo.

—Hola, Miriam. Soy el inspector Gutiérrez y esta es mi compañera, la inspectora Iribarren.

—¿Dónde has estado las últimas catorce horas, Miriam?

Sé que no lo hace a propósito, pero la pregunta de Leire suena como una acusación y la testigo se encoge un poco en su silla.

—Pues... —farfulla—. Si les soy sincera, no lo tengo claro.

—¿Conocía a algunas de esas personas?

—Solo al asesino del ahorcado, ya saben, por las noticias...

—¿Cómo puede explicar que haya aparecido con esos once cadáveres?

Miriam hace una mueca de desagrado, pero enseguida se recompone y niega con la cabeza. Sé lo que intenta mi compañera, pero esta mujer no parece en absoluto afectada por la presión de Leire.

—No puedo. Es vuestro trabajo.

—Solo tratamos de entender lo que ha pasado. No te estamos acusando de nada —intervengo con suavidad.

Sé que a la inspectora le falta poco para poner los ojos en blanco ante mi intervención. Luego me dirá que soy un blando. Sin embargo, en este momento no muda la expresión y sigue clavando los ojos azules en la escritora.

—No pueden acusarme tampoco. No hay nada contra mí. He tenido que soportar mil pruebas médicas durante horas y lo único que quiero es irme a mi casa.

—Y podrás irte cuando respondas a lo que te preguntamos. —Leire es dura de pelar.

—No recuerdo nada. Se lo dije a los médicos. Creen que tengo algún tipo de estrés postraumático. Solo recuerdo estar desmaquillándome frente al espejo del baño. —Miriam baja los ojos hacia el suelo antes de añadir—: Hasta que aparecí en la Plaza de los Espejos. Con todos esos muertos.

Intercambio una mirada con Leire, ambos sabemos que miente. Vuelvo a fijar los ojos en la escritora, repasando cada una de sus palabras.

Ha mencionado un espejo.

Mientras Leire continúa con el interrogatorio, cojo la carpeta con todas las fichas de los desaparecidos y me doy cuenta de que sí hay algo común en todos ellos: los espejos.

Daniel Zetina desapareció en el baño de un bar de copas. Un camarero llamó a la ambulancia y los bomberos tuvieron que derribar la puerta, que estaba cerrada por dentro. Allí no había nadie, pero sí un espejo medio roto.

Luis Rodero y Mercedes Pirla desaparecieron —presuntamente— mientras dormían. En su habitación había un armario de esos antiguos con espejos interiores en las puertas. Estaba abierto.

Pedro Rodríguez —conocido en las redes sociales como Hellman— fue visto por última vez marchándose de una fiesta en su coche. Este lo hallamos estrellado contra un árbol, al salirse —presuntamente— de la carretera en una curva. Los espejos estaban intactos.

Alejandro Sáez —según la declaración de su madre era el hijo biológico de Daniel Zetina— se estaba cepillando los dientes cuando su madre, al notar que tardaba, fue a buscarle y encontró el cepillo de dientes con la pasta ya puesta tirado en el lavabo. Por supuesto, hay un espejo en ese baño.

Violeta Herrero estaba en su habitación cuando sus padres la vieron por última vez. Por la mañana, al ir a despertarla, vieron su diario sobre la cama hecha. Como si no hubiera

dormido allí. Pero la puerta de la casa estaba cerrada y las llaves de ella en su mochila. Mis ojos se posan en las fotos de la habitación. En especial del diario. Tiene un espejo en la portada.

Helga Quintana desapareció mientras hacía guardia en el hospital en el que trabajaba. Fue vista por última vez en la sala de personal. Allí tienen un espejo alargado por encima del sofá.

Tom Cot, el asesino del ahorcado, se esfumó de su propia celda —presuntamente— cerrada a cal y canto. Como en todas, tenía un lavabo y un espejo pequeño.

Daisi Reyes estaba en su consulta —presuntamente— sola. Su caniche empezó a ladrar sin parar hasta que los vecinos llamaron a la policía, pensando que podía haberle pasado algo a la dueña. En las fotos de su consulta espiritista no veo ningún espejo. Salvo... Me fijo bien y acerco la nariz a una de las fotos.

—Carlos, ¿qué haces? —Mi compañera interrumpe mi análisis.

—Dame un momento.

Sí, hay un atrapasueños gigante sobre la mesa en la que la médium echaba las cartas y hacía su falsa actuación. Está compuesto de espejos del tamaño de un dedo.

Cas Jones, el actor, estaba en su camerino en medio de un rodaje. Entró en él y nadie más le volvió a ver.

Fred Rojas trabajaba en la autopsia de un cuerpo cuando su ayudante se marchó unos minutos a fumar un cigarro. Al volver, encontró la morgue vacía, y la única salida que había era por la que él había entrado. El cadáver tenía pedazos de espejo clavados en la piel, al haber atravesado uno en un alunizaje cometido por un par de locos en un gimnasio.

—Los espejos... —susurro. Ambas me miran, pero solo la escritora parece comprender por dónde voy, aunque se mantiene callada—. Es cierto, no tenemos nada contra usted. —Leire torna su expresión por una de incredulidad.

—Entonces..., ¿puedo irme?

Leire bufa mirando hacia un lado, pero se pone en pie y alza las manos.

—No podemos retenerte, pero vamos a investigar todo minuciosamente —apunta con una sonrisa gélida—. Por ahora esto termina aquí.

Un agente se ocupa de llevar a Miriam a su casa.

Me encierro en mi despacho porque necesito ordenar mis ideas.

Los espejos.

Doce desaparecidos.

Once muertos.

Una única superviviente que dice no recordar nada. Pero sé que miente.

Puede que ella sea la única que ha aparecido viva, ¿pero cómo explicar lo de Daisi? Una mujer que claramente ha muerto por una caída de muchos metros, es imposible que la matara Miriam. Al menos en condiciones normales. Por no hablar del veneno que han encontrado en el cuerpo de Pedro Rodríguez —Hellman— que solo se halla en selvas asiáticas.

Después de horas de darle vueltas, voy a la sala donde tenemos las pruebas, los objetos con los que aparecieron los cuerpos. Todavía se están examinando.

Me detengo ante varios folios escritos a máquina que estaban en manos de Miriam Ikane. Mis ojos recorren cada una de las palabras.

Capítulo 1

¿Quién no ha fantaseado con matar a su jefe? Yo lo hago más a menudo de lo que debería, lo reconozco, pero es que cuando le veo entrar con su traje y sus andares prepotentes no lo puedo evitar.

Empezó como un juego, a diario me preguntaba: «Ey, Dani, ¿con qué podrías matar hoy al señor Jiménez?».

Os sorprenderíais de las ideas descabelladas que he llegado a tener...

¡Hola! Somos Laura y Erya, dos escritoras de libros juveniles que han decidido unir su imaginación en este proyecto, que es el primero de muchos.

Nos conocimos en Twitter gracias a nuestras primeras publicaciones, Galemith y Athenya, dos mundos de fantasía que ya entonces nos hicieron soñar y, desde ese momento, no hemos dejado de compartir historias.

¡Síguenos en nuestras redes sociales y no te pierdas nuestras novedades!

Y si te ha gustado esta historia, déjanos una reseña, ¡nos ayudaría mucho!

Gracias por viajar con nosotras.

Instagram:

@lawrendreams

@eryaescribe